

B. Cairasco de Figueroa

Antología Poética

*Bartholomeo J.
Cairasco*

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

4

ANTOLOGÍA POÉTICA

Edición de Ángel Sánchez



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Bartolomé Cairasco de Figueroa

ANTOLOGÍA
POÉTICA

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Ángel Sánchez**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-20-2

Depósito Legal: M. 27.266-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	9
BIBLIOGRAFÍA	25

ANTOLOGÍA POÉTICA

De "El Templo Militante"

Presentación	31
Exordio	36
La adoración de los pastores	39
La tentación de San Antonio	45
Aparición de la Candelaria	55
La longanimidad	59
Santa María Egipcia	61
La presteza	73
San Pedro Mártir	74
La invención	95
La coqueta ante el espejo	98
La sabiduría	100
Homenaje a Portugal	102
La música	103
La conversión de San Pedro	106
El siete	108
España Militante	111
El Cid Campeador	115

	<u>Págs.</u>
La Catedral de Santa Ana	116
La conversación	117
Las grandezas de Nivaria	119
Honras del rey Don Felipe Segundo en la Catedral de la Isla de Canaria	127
Muerte de San Martín	135
Santa Catalina de Alejandría	137
Las siete islas	145
Santa Lucía	147

De "Vita Christi"

La circuncisión del Señor	153
La huida a Egipto	154

Otros Poemas

Soneto	159
La selva de Doramas	160
Carta que escribió al Licenciado Mateo de Barrios.	162
A un amigo, contra los amantes	165
Canto Heroico	171
Gran Canaria (Canto XV de la Jerusalén Libertada de Torcuato Tasso)	177
Octavas de Cairasco a una dama que no la podía haber	187
Letrilla en la profesión de Beatriz de San Antonio.	189
Letrilla en la profesión de Inés de la Encarnación Padilla	190

INTRODUCCIÓN

Resumir la obra ingente de Cairasco de Figueroa en una Antología de sus líneas más dignas de interés es un desafío sólo comparable a la pretendida voluntad de acercar su figura y su obra al mayor número posible de lectores para que les alcance algo de su significación y su puesto en la Literatura hecha en las Islas. Alguno de sus antólogos ha tenido las mismas dificultades cuando se trata de bajar de la selectiva peana inaccesible que ocupaba uno de nuestros más destacados hombres de Letras, aunque irregular y tempestuoso, como alegan los conocedores de sus manuscritos, aturridos por sus esdrújulos y situados ante una obra aún muy desconocida y de titubeante adjudicación. Verdaderamente, se trata de alguien tan remoto en el tiempo como individuo y como escritor que la mentalidad moderna deberá adoptar una posición tal que facilite su lectura provechosa. Pues es este Cairasco de Figueroa alguien con obra tan extensa como poco difundida; alguien que maneja el verso culto y la temática religiosa, la críptica medida del refinamiento escrito, todo lo cual hace que su presentación a nuestros contemporáneos sea tarea delicada.

Dada la necesidad de adecuarnos a esa voluntad de difusión y puesta al día de un clásico, la presentación evaluativa que hagamos de su peripecia vital y textual pretende, por consiguiente, resumir y acercar al lector poco asiduo del género ese esfuerzo de transporte mental que pedimos. Y que no es otro que el de intentar comprender una época y un estilo expresivo que, en principio, parece alejado de la

vivencia vital y textual de nuestros lectores. No trataremos en ningún caso de desanimarlos, sino de pedirles un margen de transigencia receptiva ante la noción de Literatura tal como ésta se entendía hace unos cuatro siglos. Para leer a Cairasco sin prejuicios de antigüedad y de formato poético cumple, en primer término, derrumbar esa imagen adventicia que de él circula: la de un personaje considerado monumentalmente y difícilmente paginable. Sin duda no se le ha hecho suficiente justicia, al verse precarizado su conocimiento por la desgraciada correlación estadística entre la relativa dificultad de seguimiento de una obra y su valor de uso editorial.

Se hace preciso pues que, en pocas líneas, digamos lo fundado que estaba o no el prejuicio, empeño aún más arduo cuando está cercano el brillante precedente de antologizar a Cairasco, cual ha sido la magnífica edición de Alejandro Cioranescu (Santa Cruz de Tenerife, 1984). Aunque no con el alcance erudito con que lo hace el conocedor más intensivo en la obra de nuestro poeta, esta edición que presentamos le queda en deuda en lo tocante a las fuentes impresas y a los inéditos que añade el profesor rumano-canario, de cuya nomenclatura tomamos nota y de cuya línea teórica centrada y fiable sobre el clérigo italo-canario todos hemos aprendido.

Con respecto a la personalidad humana de Bartolomé Cairasco de Figueroa existen algunas noticias documentales que pudieran configurar una suerte de biografía. A los pormenores de su vida han dedicado algunos investigadores su trabajo, asombrada como está aún la investigación en seguir la huella vital del canónigo canario: aquella que acredita su vinculación isleña. Pues no es poca suerte para las Islas este raro caso de brillante poeta renacentista que escribe para el resto del Imperio desde unas Islas que, en muchos aspectos, eran todavía territorio misional a mitad del siglo XVI. Su obra, en pura paradoja, padece en cambio una incuria editorial muy importante, al considerarse de-

masiado voluminosa, y muchas veces farragosa, para publicarla completa.

Sabemos que en 1551 tenía Cairasco trece años y está en Sevilla, pues zarpa el barco que lo lleva hasta Gran Canaria a tomar posesión de una canonjía catedralicia. Recordemos en este punto que clérigos son, en su gran parte, los escritores, historiadores y humanistas de estos primeros siglos de nuestra peripecia histórica, como corresponde a materias que necesitaban una preparación educativa previa al hecho de la escritura. Hombres que tenían la facultad añadida —y tan poco común en la época— de saber leer y escribir.

Cairasco había nacido en Las Palmas (octubre de 1538) de padre genovés, cuya familia procedía de Niza —territorio entonces bajo dominio ligur— y de doña María de Figueroa, apellido de primera generación criolla. Su padre, Mateo Cairasco, era regidor de Canaria, toda una autoridad con representación política. Dado su alto status social fue orientado hacia el estudio, no dedicándose al comercio o a las armas, como bien pudo. En cambio, su carrera eclesiástica le llevaría a ser beneficiado de la Catedral de Las Palmas, contador mayor del Cabildo y, previamente, secretario del mismo.

Con diecisiete años empieza sus estudios eclesiásticos posiblemente en Coimbra (Portugal) y, tras alguna demora en aquella empresa, el Cabildo de Canaria lo conmina a ordenarse sacerdote. No sabemos si achacar su falta de centro a la poca vocación o a sus aficiones lectoras, que suponemos insaciables. El caso es que se le achaca una vida de estudiante alegre y un poco tunante que escribía versos amorosos, quejas de enamorado a la liviandad del goce terrenal o galantes querencias, aspecto que no abandonó —a lo que parece— pues conciliaba su estro lo divino y lo profano. Fue ordenado en Agaete (Gran Canaria), en un templo “dedicado a la Virgen de las Vírgenes/que derramó en agosto nieves candidas”, como él mismo dice en su *Templo Militante*. Obtiene nuevo permiso para trasladarse

a Castilla en 1560 y se mantuvo ausente de Las Palmas nueve años, que se suponen de doble aprendizaje: en Teología, Patrística y Cánones como clérigo que era, y como poeta en el crisol italianizante que dominaba su época. Según se conjetura, viaja por España, Portugal e Italia. Consta que, ya en el desempeño de su plaza catedralicia, en una ocasión se trabó en palabras injuriosas con su compañero el canónigo Diego del Águila, siendo arrestados ambos en sus casas, salvo para asistir a misa, y dejando una fianza de cuatro ducados como condición de no repetir su falta.

Su fuerte formación literaria y humanista condiciona una voluntad comunicativa que podría explayar con sus iguales en una tertulia que mantendrá desde 1580 y durante unos veinte años. Dicha tertulia tuvo lugar en la huerta de la casa de Cairasco, junto a la iglesia de San Francisco, en el Real de Las Palmas, y estaba paganamente consagrada a Apolo Delfico. La idiosincrasia de este lugar y de estos hechos de cuatro siglos atrás —ambos desaparecidos— se subraya actualmente en un barrio de Las Palmas de Gran Canaria que cuenta con un busto público del poeta, y que ha contado con una sucesiva nomenclatura urbana salpicada con su nombre a través del tiempo en establecimientos hoteleros, culturales y recreativos, como remoto recuerdo institucional a este desconocido poeta culto, cuya gloria onomástica coartó siempre su divulgación textual.

Asombra comprobar la calidad de los canarios y forasteros reunidos en aquel parnaso local, los más brillantes escritores de finales del siglo XVI: el historiador Abréu Galindo, el ingeniero Leonardo Torriani, el poeta Antonio de Viana, Fray Alonso de Espinosa y otros no menos meritorios. Muy pocas veces, hasta entrado el siglo XX, se han reunido tantos creadores isleños en academia de tanto lustre. Esta dimensión intelectual de Cairasco no ocultó la del hombre de acción y buen patriota que también había en él pues consta que, en unión de un hermano suyo, se unió a la población civil para defender la Ciudad del ataque del corsario Drake —en 1551— o a parlamentar con el corsario Van

der Doeze —en 1599— cuando sus tropas proyectaban incendiar el Real de Las Palmas, incluida la Catedral. Habráse comprendido que la dimensión histórica del personaje sobrepasa la mera anécdota de historia literaria local. Fueron aquéllos unos años densos en escritura y publicaciones en la Península los que labrarían el nombre que tuvo ya para sus contemporáneos.

Poco después y con edad avanzada, se le jubiló tras cincuenta años de servicios eclesiales, concediéndosele un priorato por decreto real, en el que constaba también un reconocimiento "a persona muy insigne por las obras que había escrito". Fallece Cairasco de Figueroa en 1610 (cinco años antes de fecha tan señalada como es la de la primera edición del "Quijote") sepultándose sus restos en la capilla de Santa Catalina de la misma Catedral. Como además de vate fue músico, su epitafio reza como sigue:

Lyricen et vates toto celebratus in orbe

hic iacet inclusus, nomine ad astra volans

(El músico y poeta celebrado en todo el mundo

yace aquí encerrado, su fama vuela hacia las estrellas).

* * *

La época social de Cairasco ha visto consolidarse un imperio territorial inmenso, del que Canarias ha sido la avanzadilla. Pero Cairasco no es un poeta cortesano con la posibilidad de buscarse la protección del rey Felipe II, o de las gentes de su entorno, por medio de alabanzas de Corte o de la intriga literaria. Le toca estar lejos —un mar por medio— del espacio cubierto por el mecenazgo aunque éste —ya por entonces— pudiera reducirse a hacer pasar por imprenta un manuscrito válido y a esperar una retribución con arreglo a los resultados comerciales de la obra impresa. No tuvo la suerte que tuvieron sus célebres contemporáneos afincados en Castilla (es la época de Fray Luis de León y de Fernando de Herrera). Su habitual residencia isleña le haría perder así el carro que guiaba la Historia de la Literatura Española, y cuyas riendas conducían

aquellos autores, entre otros, aun habiendo visto la luz las primeras ediciones de Cairasco en Valladolid o en Lisboa. Ello ha traído como consecuencia que se vea a nuestro poeta de provincias como a un poeta menor, aunque la apreciación póstuma de su obra fuera notoria.

El medio ambiente que rodea la mayor parte de la vida de Cairasco de Figueroa es Gran Canaria: es aquí donde desarrolla su militancia eclesial, lírica, conversadora y musical. Debe imaginársele caminando a diario los pocos metros que separaban su casa de San Francisco hasta la Catedral, considerado como toda una autoridad cultural entre los pocos cientos de pobladores del Real de Las Palmas, con un misal a la vista y una resma de versos y partituras bajo la capa, para entretener sus horas perdidas. La colonia española, establecida hacía ya más de un siglo en las Islas, había puesto en práctica su régimen de repartimientos convirtiendo las tierras útiles en campos de caña dulce, cereales, frutales y pastos para el ganado, estando el autoabastecimiento asegurado, tanto para la población estable como para el frecuente pasaje transatlántico, en ese modelo de colonización. Los duros esfuerzos de aclimatación de los recién llegados a la nueva vida insular son obviados en esta poesía que, más bien, idealiza como Atlantes a la saga guanche y funda su mitología en la, por entonces, exuberante naturaleza del paisaje que describe tantas veces en sus versos. Ni una palabra sobre la esclavitud, las levas forzosas, la insalubridad del abasto, los impuestos, las epidemias, la penuria colonial. Nada, en fin, de la peripecia secular entretiene a este chanfre envuelto en páginas de una idealidad literaria, en cuyo sistema la Belleza era tenida como Verdad. Si acaso algún desliz de categorización étnica: ese "negrillo" al que hace "caudillo/del lujurioso enredo", muy propio de un tiempo en que a los diablos esculpidos bajo el pie guerrero de San Miguel Arcángel se les pinta de negro el cuerpo, como raciados están los moros que aplastan las patas del caballo blanco de Santiago Apóstol.

La mitología renacentista y el lenguaje retórico como leit-motiv apenas tienen que ver con la verdad vital de entonces: eran la elevada materia de una espiritualidad secuestrada por la idealidad platónica, puesta en práctica por el cristianismo y que venía a equilibrar el materialismo operativo con que actuaba la nueva y voraz clase administrativa establecida en los nuevos territorios. Cairasco, que —como ya vimos— se inmiscuye en urgencias de patriotismo local, no deja de ser ese clérigo que hace más labor administrativa que pastoral: un hombre que forma parte más de una *élite* alfabetizada que del común poblador; un individuo de esa minoría religiosa con luces que dice promover el progreso moral, y que sin duda lucha consigo misma para no ejercer la parte de poder que le conceden las estructuras en uso, donde el clero está situado entre las clases dominantes. No puede resistirse el chantre ni enfrentarse a una época social que lo marca: su origen y continuidad vital en la estructura administrativa, su propia dedicación a las artes liberales hacen que su figura de poeta culto quede cabalmente limitada a las Letras, anulando sus posibilidades de relatar la realidad social contemporánea.

Cairasco es, por el contrario, muy fiable para ver de cerca un estadio del estilo creativo de la lengua y el pensamiento de la época, lo cual es una cata sectorial, si se quiere, de la realidad. Comprendamos —en cambio— que su retórica formal, cuando se ve unida en un ideal tablero a los contenidos de la poesía mística, los de la épica, los del teatro y la novela picaresca de esos dos siglos que cabalga su figura, nos sirven muy oportunamente para contrastar registros complementarios de ambas realidades, la popular y la culta, y elegir una opción lectora que intelectivamente mejor nos conduzca a la realidad total. Agradecemos también que, por haber tenido un Cairasco entre nosotros, la dimensión imaginante que contiene su idealidad literaria haya conservado hasta nosotros una zona irrecuperable de nuestra imagen, pues tan rica es su obra en este punto y tan escaso el documento mito-simbólico de las Islas. Resulta

en verdad lastimoso que algunas de sus obras (la *Esdrújula* y las comedias licenciosas) sigan todavía inéditas en copias hechas por él mismo, o por estudiosos copistas que le admiraron con posterioridad, yaciendo el sueño injusto de los legajos, sea en archivos del Museo Canario, en los de la Biblioteca Real o en colecciones particulares, cuando más considerado sería la puesta al día de su obra completa, empeño en el que ha avanzado el profesor Cioranescu paso a paso desde hace treinta años.

Al considerar el argumento de su obra clave, el *Templo Militante*, vemos que Cairasco es un autor que modula su producción poética entre vidas de santos e innumerables celebraciones religiosas —a lo que debió obligarle su condición clerical— como punto de partida para sus inquietudes de poeta épico renacentista. A poco más se reducen temáticamente sus obras que a los hechos y a las virtudes de célebres nombres del calendario cristiano, dentro de una imaginativa y heterogénea variación de intenciones. De un hombre con vocación italianizante, tan impuesto en la poesía de su tiempo y formado en la imitación de este fluido tan poderoso, sólo podía esperarse que el empeño estilístico desbordase una primera intención temática.

Aunque el citado *Templo Militante* sea la obra de más amplia difusión, Cairasco es autor igualmente de piezas de teatro: comedias en parte perdidas y en parte publicadas (Santa Cruz de Tenerife, 1957), tragedias de tema cristiano; entremeses representados en la Catedral de Las Palmas y otros que él mismo destruyó para no tener problemas con el Tribunal de la Inquisición. También se conocen dos comedias picantes en verso (aún inéditas), romances y canciones sagradas, poemas heroicos, epístolas en esdrújulos y canciones y poesías diversas no recogidas en volumen. La colección conocida como *Esdrújula* parece lo suficientemente inaccesible e irregular en calidad como para haber desanimado a sus sucesivos descubridores a publicarla. Como traductor se le conocen una versión del *Goffredo Famoso* de Torcuato Tasso, aún inédita, y la *Jerusalén Libertada* del

mismo autor italiano (cuya edición es de Santa Cruz de Tenerife, 1967).

El *Templo Militante*, cuya primera edición es de Valladolid (1602), ha tenido relativamente larga vida impresa desde entonces, inicialmente distribuida en cuatro primeras ediciones hasta 1616, dedicadas ya al rey Felipe III y a la reina Margarita de Austria. Tienen que transcurrir dos siglos y medio para encontrarse reediciones mediado el siglo XIX, concretamente desde 1861 a 1878. Ésta parece ser la última edición posible del texto completo.

En pleno Renacimiento tardío, el estilo de Bartolomé Cairasco se ve marcado por aquella transferencia formal que acepta de las modas literarias dominantes: por el lado italiano —su primera escuela— recorre su obra los formatos petrarquistas, el aliento épico de Tasso y de Ariosto. Por el lado castellano es notable el influjo que sobre él tienen las adaptaciones hechas por Garcilaso, Boscán y Juan de Herrera, castellanizando las rimas por homonimia. Esa contingencia formativa hace que Cairasco componga fácilmente en metros poéticos italianos: liras, silvas, octava rimas, tercetos, canciones y en verso suelto. Pero, sobre todo, es un avance suyo característico el verso esdrújulo, que lo haría célebre en el área de nuestro idioma. Esta elaboración particular de Cairasco, unida a los usos estilísticos de un poeta tan amigo del artificio, de las brillantes metáforas, del hipérbaton y los cultismos, hacen que su factura personal se escape bastante de la normativa clásica. Con ello ayuda al advenimiento de un nuevo estilo, dando un paso que le acerca al concepto alegórico del mundo que tenía el barroco: con exactitud a la modalidad poética que consagrará Góngora.

La musicalidad garcilacista, de adjetivación simple y armoniosa cadencia, no oculta sin embargo a un poeta efectista y conceptuoso al que ha ilustrado la brillantez retórica de Fernando de Herrera, tanto en las poesías profanas y mitológicas como en aquéllas de temario hagiográfico, esto

es: las consagradas a las vidas de santos. Podría decirse que su estado religioso le obligaba más a estos segundos contenidos, pero que su particular hedonismo sonoro no tiene final ni barreras, haciéndole mantener lo divino como tema para darse un paseo paginado por la alquimia retozona de lo que es bello en sí como lenguaje. La retórica se manifiesta por la enumeración y la amplificación, dos recursos barrocos que lo harán repetirse sistemáticamente. El tono ampuloso y rebuscado contrasta, en un mismo poema, varios ritmos alternos con otros de sencillez expositiva, tal como si de una partitura musical se tratase, contradiciendo así la unidad tonal que le presentaban sus maestros. O, mejor, amalgamando y desarrollando lo tan bien aprendido.

Su pasión por la belleza formal parece siempre contradecir el tono moralizante que domina la poesía que escribe, "cuyo primer mandamiento es precisamente la represión del instinto vital" —escribe Cioranescu. Ciertamente es que las virtudes cristianas que predica —como el mismo profesor lagunero ha observado— son bastante concomitantes con el contenido de las novelas de caballería, tan del gusto de la época. La milicia y el amor caballeresco se plasman, con frecuencia, en natural contigüidad en estos versos, no siendo extraño que a campañas guerreras siga un voluptuoso cerco amoroso, confundiéndose ambos en síntesis extremada. Véase a este propósito el modo que usa en resolver el argumento de *Las Tentaciones de San Antonio*: alternando batallas caballerescas con sensuales cortesanas del amor propuesto por sus tentadoras al santo eremita. Y las músicas varias desplegadas, el todo ayudando a la propuesta alegórica de un combate entre los vicios y las virtudes. Obsérvese su inclinación a la alegoría cuando dispone las cohortes infernales como bestiario, cual si se tratara de un cuadro de Hyeronimus Bosch (El Bosco), su contemporáneo, cuyas increíbles pinturas fueron apreciadas y atesoradas por Felipe II en El Escorial. El estruendo de las armas, el pausado guitarreo y la lascivia de las bellas damas que acosan a San Antonio con sus "mudanzas deshonestas" son el sello indudable de las Letras

del siglo XVI, época un tanto excesiva en euforia imperial y expansión libertina. Época que merecerá una moralización más profunda que la Contrarreforma, como la que después venga a ejercer con su teatro alegórico Calderón de la Barca. Algo de teatro hay también en estos versos: en *La adoración de los Pastores*, éstos, junto a la tropa de los ángeles cantores, parecen componer una escenografía ("el pastoril sarao") de teatro barroco, cuya acción cabría imaginar en escena con la maquinaria feérica propia del género y la época. Aunque ya en los versos del *Templo Militante* obtiene una presencia formal en ritmo y música que Cairasco nos deja como obsequio antes de que ese tipo de teatro se desarrolle en Europa.

El acoso a la virtud es, en realidad, uno de sus temas favoritos. Tratado como asedio militar, donde puede proceder el donjuanismo y el celestinaje. Este clérigo nos habla del amor por su contrario: la castidad. Una estrofa del *Pretendiente rechazado* muestra su ductilidad en retratar lances de amor en verso, la condición misma de los amantes. Sus heroínas, siendo santas, no evitan verse acosadas por el aparato del amor cortés: vírgenes y mártires pero también prototipos de damas petrarquistas.

Cairasco —siempre moralizante en sus propios límites de heterodoxia— suele recrearse en su voluptuosidad descriptiva. Pero también medirá su pluma en lances caballescrescos con sus enemigos naturales: los herejes reformistas, los cismáticos rebeldes, los corsarios e, incluso, si nos apuran, con los judíos ("aquel pueblo ingrato" "(...) las maldades y ocasiones/de que estaba aquel pueblo inficionado"). Este ataque, más inquisitorial que étnico, es un tópico bastante extendido en esos años; el mismo Luis Vives escribió que eran "hombres perversos". El repertorio de los pueblos enemigos de Cairasco es extensible a mamelucos y tartáricos ("tartárea gente" llama a los demonios que acosan a Santa María Egipcíaca), queriendo tal vez enmascarar en ellos a turcos, sarracenos y berberiscos, pueblos todos ellos en

situación de acoso beligerante contra el Imperio, al menos en el Mediterráneo.

El tratamiento de la mitología clásica nos parece bastante superficial, repitiendo *topoi* y arquetipos de consumo; en cambio es interesante el enmascaramiento mitológico formulado como lenguaje, que convierte a la Luna en "la triforme dea" (la diosa que adopta tres fases) y el demonio sea el "rey sulfúreo", "el tenebroso príncipe". De las flores, las joyas y los frutos saca Cairasco cualidades referenciales para multiplicar la belleza natural en su artificio metafórico. Cierto es que, en su sistema, la Naturaleza debía mudar por arte del poeta y volcarse en el papel impreso como artificio manierista. Es corriente ver en sus versos el término así en minúsculas ("admirada quedó naturaleza") mientras que las Musas merecen la autoridad de la mayúscula inicial.

* * *

Las Islas y sus gentes se presentan en los versos del canónico erudito con mucha naturalidad, a la menor ocasión que encuentre de parangonar un formato de heroísmo épico, acercándolo a la geografía del lector isleño, que cuenta con mitología propia y puede refrendar *in situ*, y con visión menos idealizada, la lujuria vegetal pregonada por el poeta. Cairasco verá las Islas en sus hechos históricos contemporáneos pero también en la Antigüedad prehistórica. Lo vemos exaltar tanto el heroísmo militar castellano como la nobleza y altivez de los aborígenes ("bárbaros gentiles"); lo oímos alabar tanto la nómina de apellidos destacados en el nuevo poblamiento como aquellos otros de la realidad neolítica, ya ingresados en la Mitología. Este tratamiento de Cairasco es inaugural en la larga andadura que tendrán los mitos aborígenes en las Letras Canarias. Por no hablar de los esfuerzos hechos por poetas foráneos en temática canaria —bastante adventicia— como fueron Lope de Vega ("Los Guanches de Tenerife") o incluso de los versos de

Ercilla dedicados al *garoé* o árbol santo herreño en su *Araucana*.

Como canario, las enemistades de Cairasco son Drake y los demás invasores piratas y corsarios que, encima de serlo, profesan el protestantismo o la paganidad, sean éstos británicos, holandeses o de Berbería. En función de estas referencias locales decimos que Cairasco fue un patriota y un clérigo poco común porque, aun apoyando la cortesanía de los próceres y cultivando los mitos literarios en estado puro, nunca cortó amarras con la Historia en su práctica más inmediata.

El tratamiento de la Naturaleza es algo muy peculiar del canónico poeta: le seducen la vegetación, el clima isleño, la fertilidad de la tierra, la salubridad y valor medicinal de las aguas, la sensualidad de la apariencia contingente. No podemos ver en estas inclinaciones una mera idealización lírica de cuanto él mismo veía en Gran Canaria, sino posiblemente el estado real de la Isla en su tiempo. Se ha señalado repetidamente que su Isla fue Gran Canaria y su bosque la llamada *selva de Doramas*, aquella que cubría una amplia zona de la vertiente Norte de aquélla. A este enorme bosque lo italianizó como selva y lo cantó con acentos épicos, personalizando en la botánica su pura mitología. El lector notará que sus mejores versos sacralizan este espacio vegetal, concediéndole los acentos más altos ("El sitio ameno umbroso/donde las Musas tienen su palacio"), tal como en otras Islas del Archipiélago se ha propiciado la mitología de las grandes elevaciones o la de los volcanes. Aquellos árboles que Cairasco aún pudo ver se convertirían en mástiles para los galeones, en carbón para combustible, y aquella extensión de la cobertura forestal fue, al paso de los siglos, un monte talado para dar paso a pastos y tierras de labranza, después de un siglo de aculturación hispánica. En una tierra con misiones, fortines, ingenios de azúcar, donde el repartimiento de tierras labrantías iba conformando el nuevo modelo económico y

social del Archipiélago, no pudo suceder de otro modo: de los mitos no podía comerse a diario.

El recurso de la poesía paisajística es ya tradicional en los poetas que lee Cairasco, sobre todo en Garcilaso, casi un lugar común, *umbrío, ameno y nemoroso*. Pero su fino instinto lingüístico brilla muy alto en éstos que son de un formato y una intención tal como para encuadrarlos en las preocupaciones ecologistas de hoy día, pues a esta idea nos conduce el rudo contraste entre el ayer y el hoy de la botánica macaronésica. Otro contemporáneo de Cairasco, el grancanario Silvestre de Balboa, cantaría la flora cubana en el primer texto impreso en aquel nuevo territorio, el titulado "Espejo de Paciencia".

Con respecto a los versos que dedica Cairasco a sus conciudadanos (clérigos, monjas y personajes de rango) resalta la liberalidad con que sabe alternar la sencillez de letrillas populares con el culto rebuscamiento que usa para glosar pasajes irónicos de su tertulia, o los versos dedicados a la España imperial. Muy singulares son esas octavas "a una dama que no la podía haber", disfrazada de la pastora Marcela, una de las pocas ocasiones en que el chantre canario incursiona en escenario pastoril.

* * *

¿Qué valoración podemos hacer, a modo de resumen, de la obra de Cairasco de Figueroa? ¿Qué puesto ocupa en la Literatura Española y en la específicamente Canaria?

Cairasco es un producto de la asimilación espontánea de todo lo que de mejor había en las Letras castellanas e italianas de su tiempo, émulo de Petrarca, discípulo lejano de Garcilaso y Herrera, tardíamente renacentista; una avanzada de la perfección clásica que alcanzará el verso castellano en el Siglo de Oro. Es, por consiguiente, su producción poética, una obra de síntesis y de tránsito, irregular si se quiere, pero valiosa en el contexto temporal de las Letras Hispánicas, teniendo en cuenta que todo esto fue producido

en un perdido rincón del Imperio filipino donde aún no existía la imprenta. De haber imprenta en Las Palmas —se ha dicho— otra hubiera sido la suerte del chantre versificador, al que pudiéramos considerar, en ese sentido, víctima premonitoria del centralismo castellano. No por otra cosa sino la grave tardanza con que sus manuscritos pasaron a imprenta peninsular, lo que le hizo perder el carro de las glorias del idioma.

Culterano antes de tiempo, transicional entre el clasicismo post-petrarquista y el florido Barroco, recibe sin embargo elogios de Lope de Vega y de Cervantes, tal era la estima en que se tenían sus libros en la Corte; lo que nos hace pensar en que sus méritos lo hacen par entre iguales, de haber vivido una biografía peninsular. Es, desde luego, el poeta clave de la épica canaria en cuanto se refiere al acontecer histórico y a la realidad paisajística. Puesto que comparte con Antonio de Viana, de la generación siguiente a Cairasco, que continuará esta épica siguiendo la pauta de Ercilla.

Nuestro poeta mezcla lo divino con lo profano, combina la temática devota con la mitología del paisaje vegetal, se extiende en la exaltación libidinal enmascarada de paganismo, arriesgando siempre la credibilidad lectora entre ambas fases de Musa tan genuina. Muy interesante es, en tal sentido, la calidad líbido-moral de sus argumentaciones descriptivas, contaminadas como están de amor cortés, lances caballerescos, moralización y ejemplaridad. Es éste un estado poético nada convencional, leído con los ojos panorámicos con que lo hacemos hoy, aunque su musa se ensombrezca cualitativamente por esa "su envidiable y reprobable facilidad" —como escribió Cioranescu.

En la presente Antología ofrecemos una selección de su obra poética más representativa: un amplio seguimiento del *Templo Militante*, en primer término, seguido de unas cartas en verso a sus contemporáneos, así como letrillas y octavas; un fragmento o poema completo incluido en la

"Historia" de Abréu Galindo y un fragmento de temática canaria añadido a su traducción de la *Jerusalén Libertada* de Tasso. Hemos querido seguir en este criterio selectivo las pautas habituales de ofrecer sólo poesía lírica y épica, no escénica, porque juzgamos que el lector, ahora mayoritario, deberá acercarse a Cairasco de este modo, el más accesible a su compleja obra, inaprensible en su totalidad y solamente servible en Antología. Tiempo habrá para que su obra inédita (comedias licenciosas y *Esdrújula*) ingresen en imprenta y pueda degustarse con asombro e infrecuente curiosidad la otra cara de este cándido versificador de la Historia Sagrada, nuestro poeta clásico canario más oscuro y más fulgente, de cuya productividad lingüística damos un panorama.

De un Cairasco de Figueroa del que nuestros lectores deducirán fama y mérito si consideran que el monumento puede descender de su peana y resultar tan legible, al menos, como es difícilmente paginable. En esa confianza entregamos el tesoro de sus mejores versos.

ÁNGEL SÁNCHEZ

BIBLIOGRAFÍA

ABRÉU GALINDO, Fr. J. de: "*Historia de la Conquista de las siete Islas de Canaria*". Edición crítica por Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife. Goya Ediciones, 1977.

ALONSO, M.^a Rosa: "*La obra literaria de Bartolomé Cairasco de Figueroa*" en *Revista de Historia* n.º 100, pp. 334-389. La Laguna (Tenerife), 1952.

ARTILES, J./QUINTANA, I.: "*Historia de la Literatura Canaria*" Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas. Plan Cultural. Madrid-Las Palmas, 1978.

CIORANESCU, A.: "*Cairasco de Figueroa. Su vida. Su familia. Sus amigos*" en *Anuario de Estudios Atlánticos* n.º 3. Madrid-Las Palmas, 1957.

— "*Obras Inéditas de Cairasco*" Santa Cruz de Tenerife, 1957.

— Introducción y edición de "*Cairasco de Figueroa. Antología Poética*" B.C.B. Ed. Interinsular. Santa Cruz de Tenerife, 1984.

MILLARES CARLO, A./HERNÁNDEZ SUÁREZ, M.: "*Biobibliografía de Escritores Canarios (siglos XVI, XVII y XVIII)*" Vol. II. El Museo Canario/Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas. Plan Cultural. Valencia-Las Palmas, 1977.

MILLARES TORRES, A.: "*Don Bartolomé Cairasco de Figueroa*" en "*Biografía de Canarios Célebres*" pp. 125-166. Vol. X. EDIRCA. Las Palmas, 1982.

VALBUENA PRAT, A.: "*Historia de la Poesía Canaria*" pp. 20-26. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Universidad de Barcelona. Barcelona, 1937.

ANTOLOGÍA POÉTICA

De

EL TEMPLO MILITANTE

EL TEMPLO MILITANTE

PRESENTACIÓN

Vagando yo por este mundo esférico,
como acostumbra mi ánimo solícito,
por ver las cosas dignas de memoria,
rompiendo de la mar las aguas prófugas
con blando soplo Céfiro y Favonio,
a un templo me llevaron de Canaria,
que está a la parte do Titán clarífico
en el ocaso baña el carro espléndido.
Hace en aqueste puerto el mar cerúleo
un ancho seno y sale un promontorio
gran trecho por las ondas del océano,
en cuya memorable cumbre altísima
de muy lejos se ven teosos mástiles
con acopada verde gavia umbrífera
de do, para ganar fama perpetua,
solía precipitarse gente bárbara.
Aquí mandé lanzar al hondo piélago,
para afirmar mi nao, tenaces áncoras,
a la parte do está la peña cóncava,
de un gran hombre marino albergo prístino,
de donde se parecen las reliquias
de la primera torre de los vándalos.
Acordé de pisar la tierra flórida
y, estando en el esquife, las nereidas
salieron de la mar, acompañándome

hasta llegar a un templo do los túmulos
están, de ilustre gente cristianísima,
dedicado a la Virgen de las Vírgenes
que derramó en agosto nieves cándidas.

Estaba en él un benedicto monaco,
en letras, vida y nombre gran Basílico,
que, por huir del mundo los incómodos,
de España los bullicios y los tráfigos,
de quien se retiró desde su infancia,
vivía en soledad, entreteniéndose
ora con escribir santas epístolas
por imitar en todo al gran Jerónimo;
ora con declarar el evangélico
sentido literal y tropológico
y los demás, con peregrino ingenio;
ora con dibujar santas imágenes
(que en esta parte es otro Micael Angelo);
ora con otros santos ejercicios,
guardando siempre el término monástico,
la vida, el modo y reglas eremíticas.

Éste, como en todo curiosísimo,
me dio con agradable voz benévola
acogimiento grato en su basílica
y, después de tratar diversas pláticas,
preguntándole yo por cosas célebres
de Gran Canaria y de las otras ínsulas,
fue de aquesta manera respondiéndome:

Pasando está de las columnas de Hércules,
a veinte y siete grados de la línea,
cerca de la región de los alárabes,
las fortunadas ínsulas atlánticas
a quien llamaron ya Campos Elíseos
por su temperamento y ser tan fértiles.
El cielo en ellas derramó sus dádivas,
siendo tan liberal que era ya pródigo,
como si autorizase allí su crédito.

Dioles un aire, un temple salutífero
con que de gran tiempo se excusaron médicos
y las mixturas del dorado fármaco,
ruibarbo, escamonea y cañafístola.
Tan tarde entraba por sus puertas Átropos,
que pasaba la vida del centésimo,
siendo los hombres sanos, fuertes, ágiles;
que el gofio, los mocanes y bicácaros,
las comidas silvestres y marítimas
eran entonces de mayor sustancia
que en este tiempo lleno de miserias
jamón, perdices y cebadas tórtolas;
y era de más valor la piel selvática,
la empleita de los árboles palmíferos,
que ahora holanda, terciopelo, límiste.

La principal, llamada Gran Canaria,
del orgullo español fue defendiéndose
más que del griego la ciudad de Príamo
cuando la conquistó el furor argólico,
no usando en su defensa los gentílicos
del maldito Cismoco el son plutónico
por quien se pueblan las regiones íferas;
ni vistiendo de acero fuertes láminas
forjadas en la yunque de los cíclopes,
ni con guardar la disciplina itálica,
sino con fuerza, ligereza y ánimo,
palo tostado, piedra velocísima,
acometiendo a tiempo y retirándose.

Mostróse, pues, el cielo en esta ínsula
dándole amenos bosques, aguas frías
que salen vivas de peñascos áridos
y palmas por do va la yedra errática
haciendo estrechos y amorosos círculos,
que en muchas nacen regaladas támaras.
Las cañas dan finísimos azúcares,
granados trigos las espigas candidas,

gustosísima miel las peñas cóncavas
y vino singular los verdes pámpanos.

Del bosque de Doramas, fuerte bárbaro
tan celebrado en ambos hemisferios,
aquí se ven los valles y pináculos
adonde, si se cortan altos árboles,
crecen al pie muy presto otros sin número.
Cuanto se escribe del caballo Pégaso,
de la fuente Elicon y la Castálida,
las musas del Parnaso y las Piérides
con otras antiguallas tan inútiles
que me parecen ya cosa ridícula,
todo se halla en su frondoso límite.

Asiste en este fortunado sitio
el tribunal santísimo apostólico
que con un aspa roja en campo pálido
castiga de la Iglesia los degéneres.
Asiste un gran pastor eclesiástico
que rige y guarda sus ovejas íntimas
y las saca de pastos infructíferos,
cual Deza, Torres, Vela, Rueda, Alzólaras,
Figueroa y Martínez, varón célebre.
Está un insigne templo suntuosísimo,
dedicado a la abuela del Rey máximo
que desde nuestro norte a los antípodas
se tiene y tendrá dél fama notísima,
donde ha habido varones celebérrimos.
Asiste un general del reino atlántico
que es presidente regio, y graves cónsules
que conservan por término jurídico
en gran tranquilidad siete repúblicas.

Pero si en los pasados siglos áureos,
cuando en su trono estaban estas ínsulas,
curiosidad, pisaras las marítimas
playas de Gran Canaria, estoy certísimo
hallaras a medida de tu ánimo
cosas en ellas dignas de tu espíritu.

Mas, ¡ay, dolor! que ya, por estar éticas
las almas y las tierras que eran útiles
que no se pueden referir sin lástima,
o por castigo de las insolencias
del imperioso orgullo y vano estrépito,
o por haber faltado los repúblicos
que hicieron esta tierra felicísima,
o porque en toda parte el mundo mísero
degenerando va de sus principios
(que es mucho bien de mucho mal pronóstico),
o por otros secretos a Dios públicos,
sólo hallarás en ella aquel adagio
que se dice de Troya y sus hipérboles.

Mas porque no te vuelvas de sus límites
sin llevar algo a la región hispánica,
un don te quiero dar: aunque paupérrimo,
la voluntad le hace copiosísimo.
Yo tengo en mi poder algunos cánticos
compuestos en Canaria de un canónigo
que, aunque me toca en deudo consanguíneo,
al parentesco excede la amicitia.
De fiestas y de santos trata, en términos
que, mirados con ojos no satíricos,
serán de algún regalo y gusto al ánima.
Recíbelos con ánimo benévolo,
en tanto que los campos desta ínsula
producen otra cosa de más mérito.

EXORDIO

(I, 29-35: Discurso segundo)

No cantaré los bárbaros amores
que engendra el ocio en el humano pecho;
no la vana beldad, vanos favores
que en tantas almas vil estrago han hecho;
ni del sangriento Marte los furores,
de quien el simple vulgo satisfecho
da crédito a sus frívolas hazañas,
siendo gran parte sueños y patrañas.

No he de cantar, sino de las grandezas
del Hijo eterno del Señor del cielo
las altas maravillas y proezas
que por el alma humana obró en el suelo,
las virtudes heroicas y bellezas
de la que le vistió de humano velo,
aunque es atrevimiento y pone espanto
tan limitado ingenio ofrecer tanto.

Diré también las grandes valentías
de los que el cielo empíreo conquistaron;
las armas, el valor, las gallardías
con que a sus enemigos derribaron;
las guerras que tuvieron y porfías,
los triunfos y palmas que ganaron
vendiéndose a sí mismos, que es victoria
digna entre todas de más alta gloria.

Y a vueltas, como piedras engastadas
blancas y rojas, verdes y amarillas,
irán de damas tiernas delicadas
hechos briosos, nuevas maravillas
de quien están no menos adornadas
que de varones las eternas sillas,
queriendo Dios mostrar su omnipotencia
en la frágil femínea adolescencia.

Rico sujeto el cielo me concede,
aunque a mis hombros es difícil carga;
pero a mi pluma nadie decir puede,
por mucho que se alargue, que se alarga,
porque es tan alta esta verdad, y excede
tanto a la vena más copiosa y larga,
que no puede decirse en muchos cantos
lo menos del valor que hay en los santos.

Vos, Virgen Madre, vos sereis la Musa
que para esta labor invoco y llamo,
porque mi mano tímida, confusa
labre con tal favor un tal recamo,
que por los hemisferios ir difusa
pueda la gloria vuestra, y al reclamo
de esta obrecilla, imitadoras almas
vengan a pretender ilustres palmas.

Y vos, de España príncipe famoso
que tenéis de Filipo el alto nombre,
argumento fatal y milagroso
de vuestro felicísimo renombre
cuyo valor y orgullo generoso
no hay parte ya en el orbe do no asombre
y se tenga por célebre milagro,
oíd la nueva rima que os consagro.

Aquí los reyes de mayor grandeza
a quien tanto del suelo el cielo ha dado,
los príncipes y grandes en nobleza
que alegres gozan de tranquilo estado

verán que el reino de mayor alteza,
la mayor majestad, mayor ditado
es servir al Señor de suelo y cielo
que descendió a servir del cielo al suelo.

Aquí los que en volar de altanería
con peregrino ingenio toman gusto
verán que la mayor sabiduría
es saberse salvar el hombre justo;
y los que con retórica poesía
hacen al pusilánime robusto
verán que la verdad pobre y desnuda
la mayor elocuencia vuelve muda.

Y el más altivo y ambicioso pecho
que la razón humana tiraniza
verá que la mayor honra y provecho
es la humildad que el cielo fertiliza
y, pues todo ha de ser al fin deshecho,
no hay para qué se entone la ceniza,
mas téngase por tal, con el ejemplo
de los que en Cristo merecieron templo.

LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

(La Natividad: I, 59-61)

De Belén una milla, está poblada
de fértil pasto la dehesa herbosa,
do está la torre de la grey nombrada
por el sepulcro de Raquel hermosa,
do el gran Jacob con toda su majada
estancia fabricó maravillosa,
cuando salió de casa de su suegro
y aconteció de Dina el caso negro.

Aquí, de invidia y ambición ajenos,
sin temer o esperar en los estados
ir de menos a más, de más a menos,
de ser favorecidos olvidados,
de paz, quietud, reposo y de amor llenos
andaban repastando sus ganados
los simples ganaderos que llegaron
primero al palio rojo y le ganaron.

Habiendo pues los músicos del cielo
visto en el pecho de la suma Esencia
que estos pastores por su limpio celo
al mundo han de ganar la precedencia,
a sus cabañas con alegre vuelo
bajaron por divina providencia
la misma noche y a la misma hora
que al gran Señor parió la gran Señora.

Y así, los frescos aires dividiendo
con prestas alas, iban discantando
y aquel concierto músico y estruendo
llevado acá y allá de un soplo blando,
los últimos acentos repitiendo,
las orejas tocó del simple bando,
el cual quedó, de asombro, sin sentido
y deslumbrado de la luz que vido.

Cual diestro cazador que con la lumbre
embelesa la caza cuando mira
y, atónita del rayo y la vislumbre,
dispara en ella penetrante vira,
un serafín de aquella muchedumbre,
viendo que el pastoril bando se admira
del nuevo resplandor al viso opuesto,
a todos los cazó, diciendo aquesto:

—Pastores, despedid el miedo helado,
que os doy por nueva un gozo sin segundo:
y es que en Belén, muy cerca deste prado,
hoy ha nacido el Salvador del mundo,
que es Cristo, gran señor de lo criado;
y en señal de misterio tan profundo
veréis en un pesebre envuelto el niño
en pobres paños y con pobre aliño.

Luego en voces claríficas y puras,
las bandas de soldados celestiales
subiendo a las diáfanas anchuras
comienzan a entonar palabras tales:
—Gloria al inmenso Dios en las alturas
y a los dichosos hombres racionales
de buena voluntad, paz en la tierra,
que ya es llegado el fin de tanta guerra.

Al cristalino albergue, penetrando
las ocho esferas, suben los cantores
por la región aérea resonando
contraltos, tiples, bajos y tenores.

Viéndolos ir, quedaron platicando
con regocijo extraño los pastores,
diciendo: —Vamos todos a la villa,
a ver tan soberana maravilla.

Y, deshojando palmas y laureles
que siempre aquellos campos hermosean,
de los pimpollos tiernos más noveles
las sienes se coronan y rodean
y al son de sus albogues y rabeles
con ligereza extraña zapatean;
y mientras unos daban zapatetas
cantaban otros varias chanzonetas.

De la triforme dea el rostro claro
de Belén ilustraba los confines,
cuando la simple turba que el son raro
oyó de los angélicos clarines,
dejando sus ganados so el amparo
de los bravos lebreles y mastines,
con tanta lumbre y rama se movía,
que andar un bosque ardiendo parecía.

El pastoril sarao, que no le iguala
otro que en este mundo se haya hecho,
a las puertas llegó de la gran sala
que no las tuvo, ni pared ni techo,
no sin misterio y causa que señala
más honra a Dios y al hombre más provecho,
porque estando el tesoro manifiesto
se puede ver mejor y hallar más presto.

Entrando, pues, en la dichosa cueva
de tanta majestad merecedora
con soberana luz que el alma eleva,
del mundo ven la universal Señora
que el inefable Dios con ropa nueva
en sus piadosos brazos atesora
y, atónitos de ver tanta grandeza,
adoran todos la divina alteza.

Y al son de un tamborino y un salterio
y de otros instrumentos pastoriles
que en este soberano ministerio
fueron los más perfectos ministriles
se comenzó el sarao, cuyo misterio
al rey que estaba en paños infantiles
dio tanto gusto y fue de tal estima
que se llevó la cátedra de prima.

Habiendo, pues, bailado sobre apuesta
al modo villanesco, diestramente,
pusieron fin a la solemne fiesta,
cada cual ofreciendo algún presente.
Comenzó el mayoral de aquesta mesta
y, llegándose al niño omnipotente,
le presentó un cordero blanco todo,
diciéndole palabras deste modo:

—Recibe, Dios y hombre verdadero,
pequeño zagalejo y gran gigante,
aqueste humilde cándido cordero,
por ser a tu inocencia semejante;
y cuando ganes como león severo
del tribu de Judá palma triunfante,
allá celebraremos la victoria
en el eterno aprisco de tu gloria.

Con ojos gratos y ánimo piadoso
el don fue de la Virgen admitido
y de su sacrosanto fiel esposo
con alegre semblante recibido.
Salió tras éste, ufano y presuroso,
otro pastor que en todo aquel egido
era diestro en la honda y en la chueca
y al niño presentó miel y manteca,

diciendo: —Bello infante nazareno,
a propósito viene este regalo
de tu pueril edad, y ser terreno;
mas, aunque como a niño te regalo,

bien sé que sabes elegir lo bueno,
como alto Dios, y reprobar lo malo:
y así, como a Dios hombre, pobre rico,
te doy, te pido, te amo y te suplico.

De varias flores un zagal tejida
llevaba artificiosa una guirnalda
y, llegando a la Reina esclarecida,
le dice al niño: — Príncipe, tomadla
que, si a estas flores cada cual convida
con un rubí, un jacinto, una esmeralda,
tiempo vendrá que espinas inhumanas
penetren vuestras sienes soberanas.

—Divino zagalejo, el más chapado
(le dice otro zagal) de cielo y tierra,
que, para ser pastor de tu ganado,
comienzas desde niño a entrar en guerra,
recibe aqueste pastoril cayado,
pues has de apacentar en llano y sierra,
hasta que tenga en otro muy más fuerte
principio nuestra vida y fin la muerte.

De verdes flores, cárdenas y rojas
llevaba otro pastor un ramillete,
con tres claveles entre cuyas hojas
una purpúrea rosa se entremete:
diolo al infante, y dijo: —Cuando cojas
el fruto que este ramo nos promete,
acuérdate, zagal, del alma mía,
que en tu misericordia se confía.

Otro, que al dulce son de un caramillo
hizo en bailar ventaja a los pastores,
con alma leda y corazón sencillo
dones que Dios estima por mejores,
a la doncella y madre un canastillo
de fruta agreste dio y silvestres flores,
diciendo estas palabras regaladas
allá en su pensamiento imaginadas:

—Intacta flor, más bella y olorosa
que cuantas flores da el jardín del cielo,
do no hay clavel, jazmín, lirio ni rosa
de igual belleza, suavidad, consuelo;
pues diste al mundo flor maravillosa,
el fruto que restaura cielo y suelo,
merezca yo por ti dar el tributo
de hojas y de flores y de frutos.

Desta manera aquella turba santa
digna de eterno memorable nombre
la fiesta celebraba sacrosanta
de la Natividad de Dios y hombre,
ofreciendo al Infante y a la Infanta
presentes pobres, mas de gran renombre,
que cuando el corazón es grande y rico
no se dirá el presente pobre y chico.

LA TENTACIÓN DE SAN ANTONIO

(San Antonio Abad: I, 105-109)

Como el gallardo joven arriscado
en oyendo decir que hay justa guerra
contra enemigo reino rebelado
(cual en aquesta edad de Inglaterra)
sin que le turbe el son de Marte airado
ni le detenga el gusto de su tierra
rompe dificultades y desvíos
hasta probar los enemigos bríos,

desta suerte el egipcio presuroso
a la espiritual guerra se parte
y en un castillo destos belicosos
que estaba puesto en solitaria parte
ganó como soldado valeroso
rico estipendio del empíreo Marte
y, obedeciendo al general caudillo,
se detuvo algún tiempo en el castillo.

Miraba con cuidado las bravezas
de los soldados viejos más extrañas,
notando en cada uno las grandezas
con que le engrandecían sus hazañas,
por imitar después las extrañezas,
sus bravas fuerzas y prudentes mañas,
que en lo que cada cual se señalaba
Antonio señalarse deseaba.

Como quien entra en huerta deleitosa
de mil diversas flores matizada,
aquí coge el jazmín, allí la rosa,
acá la clavellina almaizalada,
la mosquera suave y la olorosa
blanca azucena, y lo que más agrada,
componiendo de todo un ramillete
que a quien estima en mucho, dar promete,

desta manera el glorioso santo
de uno aprende oración, de otro paciencia,
la castidad de aquél, de aquéste llanto,
aquí simplicidad, allí prudencia,
de éste contemplación, de aquél quebranto,
acá perseverancia, allá abstinencia
y, hecho un ramo destas flores bellas,
con humildad le ofrece al autor dellas.

Salió en las armas tan valiente y diestro
que, aunque de poca edad, era tenido
en todo el monasterio por maestro
y por tal venerado y conocido.
Mas el procurador del daño nuestro,
temiendo su valor esclarecido,
mandó tocar el arma en el profundo,
para turbar con nueva guerra el mundo.

Abrió las tres cavernas en un punto
el Can trifauce, y dio bramidos tales
que resonó el horrendo contrapunto
por todas las estufas infernales;
mostráronse los milites a punto
de guerra, con sus armas esenciales,
echando mil reniegos y desgarros
los que eran más valientes y bizarros.

Por ver Plutón de la infernal gentalla
la muestra, las bravezas y ademanes,
las armas y desorden de batalla
con que siguiendo van sus capitanes,

encima se subió de una fornalla
do salen y saldrán siempre volcanes
y en majestad superba y horror sumo
lanzaba por la boca y ojos humo.

El capitán Luzbel mostró primero
su altiva gente en escuadrón confuso:
llevaba la soberbia por cimero,
con que quiso en el trono ser intruso
y en un león rampante caballero
delante va de todos, como es uso,
humillando ante el rey los escuadrones,
las armas, al pasar, y los pendones.

Con un topo avariento por empresa
y la misma avaricia por escudo,
el adorno tan vil como la mesa,
se muestra Leviatán avaro y rudo;
la turba en avarienta cárcel presa
con mísero ademán, hocico agudo,
diciendo va, por dar de sí noticia:
—Raíz de todo mal es la avaricia.

Mostróse con lascivo contoneo,
robusta ociosidad, presencia blanda,
el capitán que llaman Asmodeo,
padre de la maldita zarabanda,
por timbre un jabalí cerdoso y feo
y de Venus el cesto en vez de banda;
su gente al mismo talle pasa y mira,
que apenas sin victoria se retira.

Pasó después con iracunda escuadra
el fuerte Belial, caudillo bravo,
en un gran perro que pasando ladra
y llega su ladrido al cielo octavo;
y luego, sobre un oso, el que le cuadra
tanto el comer, que es de su vientre esclavo,
llamado Belfegor, que no hay camello
a quien su gente y él no exceda en cuello.

Sirviéndole de silla el espinazo
de un maculoso lince, iba tejiendo
de invidia Beelzebub un fuerte lazo
y él y su gente a sí se van mordiendo;
el último caudillo, gran pelmazo
que se nombra Astarot, con poco estruendo
guiaba caballero en un jumento
su perezosa escuadra a paso lento.

Luego por el abismo y sus confines
balar se oyeron hórridos cabrones,
bramar centauros y ladrar mastines,
silbar serpientes y rugir leones:
éstas fueron las trompas y clarines
con que las fieras bárbaras legiones
pusieron fin a la tartárea muestra
do tanto su furor bravo se muestra.

El infernal Plutón, que, satisfecho
estaba del ejército bravoso,
para que deste memorable hecho
quedase, como espera, victorioso,
saca un bramido del horrendo pecho
con que estremece el reino cavernoso,
hablando así, con ásperos desmanes,
a los siete famosos capitanes:

—Tartáreos duques, dioses excluidos
conmigo sin razón del reino claro
y en tenebrosas cárceles metidos
por el digno altivez y ánimo raro;
si somos valerosos y atrevidos,
si sabemos herir y hacer reparo
dígalo el cielo, dígalo la tierra,
pues en ella y en él tuvimos guerra.

No me quiero quejar de los agravios
recibidos de Dios con mil desprecios,
que tengo por afrenta abrir los labios
para tratar de tales menosprecios;

mas desdeñarse de ángeles tan sabios
por dar honra y favor a hombres tan necios,
esto me obliga, capitanes míos,
a echar el resto de mis altos bríos.

Que se atreva a pensar un hombrecillo,
hijo de tierra vil, nieto de nada,
ganar a fuerza de armas el castillo
de adonde fue mi gente derribada,
¿cómo podrá sufrirlo el gran caudillo
de aquesta multitud hoy congregada,
no pudiendo llevar con sufrimiento
que Dios le prefiriese en el asiento?

Y desto, bien mirado, no me admiro,
pues con favor ajeno aspira a tanto,
que nunca por sí solo acierta tiro
ni aun es capaz de un pensamiento santo;
por lo que rabio y de dolor suspiro,
lo que me tiene atónito de espanto
es que os incite y llame a desafío;
¿hase visto jamás tal desvarío?

Pues, ¡alto, capitanes y soldados!
si sois de honor y de venganza amigos,
dad guerra al hombre, y sean sus pecados
del valor vuestros auténticos testigos
y a los egipcios campos, que poblados
están de mis mayores enemigos
vayan los más valientes de mi casta,
que a los que no lo son cualquiera basta.

Y éstos los que han dado testimonio
de mayor ardimiento, hagan liga
contra un monje novel, llamado Antonio,
de quien un gran barrunto me fatiga;
y si le derribara algún demonio,
mi palabra real por mí se obliga
que siempre le daré mi lado y mesa
en premio de acabar tan alta empresa.

No dijo más Plutón; y al punto mismo
como lebel que rompe la cadena
sale la turba del profundo abismo
más expresa que enjambre de colmena
y contra los que admiten el bautismo
pueblan del aire la región serena
en mayor multitud que la langosta
de Libia deja la arenosa costa.

Para Egipto se apartan los valientes,
del rey sulfúreo la instrucción guardando,
y éstos los más bravos combatientes
de Antonio van la celda rodeando;
no de otra suerte de enemigas gentes
la ciudad cerca innumerable bando,
advirtiéndole en qué modo y por cuál vía
se pueda dar mejor la batería.

Estaba de los pies hasta el cabello
armado el valeroso joven fuerte
de aquel arnés tranzado, fino y bello
con que dio el Redentor muerte a la muerte,
el escudo de fe pendiente al cuello,
espada de justicia, porque acierte,
cinto de castidad, de honor la vista
y de esperanza en Dios la sobrevista.

Comienzan la espantable batería
aquellos infernales mamelucos,
disparándole allá en la fantasía
con estupendo horror cuatro trabucos:
el primero la noble hidalguía,
el segundo acordó bienes caducos,
las galas el tercero tan preciadas
y el cuarto las comidas regaladas.

Con otros cuatro golpes rebatida
fue de los bravos tiros de violencia:
la profunda humildad, la pobre vida,
el áspero cilicio y la abstinencia.

Vuelve a tirar la turba embravecida
dificultad, trabajo, horror, dolencia:
vuélvese a defender el caballero
con propósito firme y verdadero.

Viendo el bravo escuadrón la poca cuenta
que de sus tiros hace el joven diestro,
otras horribles máquinas inventa,
que trae un ingeniero gran maestro:
lascivos pensamientos le presenta
que gran combate al lado dan siniestro;
preséntale regalos femeniles
que al alma suelen dar guerras civiles.

Y no sólo de día, cuando dueños
son de sus propios actos los sentidos,
mas en la oscura noche y entre sueños
eran de mil torpezas combatidos:
con hermosos semblantes halagüeños,
con blandos ademanes mal nacidos
se le representaban bellas damas
bastantes a sacar del hielo llamas.

Y como el torpe amante que pretende
dar a su ninfa música acordada
primero la despierta, y aun la ofende
con una barahúnda mal formada,
así con un ruido que suspende
le despierta la turba alborotada
y luego en transparente vuelo envueltas
le cercan bellas mozas desenvueltas.

Mas el gallardo milite despierto
no sólo no se rinde a las visiones,
mas quiere combatir en campo abierto
con todas las tartáricas legiones:
sale del muro, pártese al desierto
y, sin temor de tantas tentaciones,
éntrese en una celda que pudiera
ella sola espantar a otro cualquiera.

Allí pasaba en soledad la vida,
de los humanos ojos desviado;
sólo de tarde en tarde la comída
le llevaba un ministro al modo usado;
del torpe Belfegor aborrecida
fue su grande abstinencia en tanto grado,
que el verle ayuno y sin comer tres días
le da trescientas estocadas frías.

En la oración perseveraba tanto
que, trasponiendo el sol por las orillas
del mar, le daba el rayo al varón santo
en las espaldas, puesto de rodillas
y volviendo a salir con áureo manto
le tornaba a herir en las mejillas
sin haberse mudado un punto solo
del tramontar al descubrir de Apolo.

Lo poco que comía era inclinado
sobre el cayado el cuerpo enflaquecido
o sobre el duro suelo, colchón blando
de los cansados miembros encogido;
sufrir no puede el enemigo bando
verle tan valeroso y atrevido;
toma la mano el sátiro Asmodeo
para infundirle algún intento feo.

En el silencio de la muda sombra
entran en la espelunca seis salvajes,
cuatro con hachas, dos con una alfombra,
haciendo al extenderla mil visajes:
Antonio está despierto y no se asombra
de verlos, ni de ver después dos pajes
que entraron con acordes guitarrillas
cantando enamoradas tonadillas.

Luego de dos en dos, sin más adorno
de aquel que suele dar naturaleza,
con lascivo ademán, blando soborno,
con donaire gentil, rara belleza,

gallardas mozas entran, que no hay horno
de vidrio que más arda, y con destreza
al son de las guitarras ya propuestas
comienzan sus mudanzas deshonestas.

Acabando el sarao, las más lascivas
se llegaron a él con fiesta y juego
y a deshonestidad provocativas
palabras pronunciaban de amor ciego:
el santo con las armas defensivas
de la santa oración apagó el fuego,
quedando en el de Dios (cual queda el oro
saliendo del crisol) con más decoro.

Sin ofender en algo al gran castillo
desapareció la turba y con gran miedo
lamentando a sus pies quedó un negrilla
diciendo: —A muchos venzo, a ti no puedo.
—¿Quién eres?, dijo el santo. —Soy caudillo,
le respondió, del lujurioso enredo.
Antonio replicó: —Ya no te precio,
pues eres tan infame, bruto y necio.

Entona luego el santo en voz sonora
del profeta real aquellos versos:
"Dios es mi amparo, gloriarme ahora
bien puedo sobre todos mis adversos".
Al mismo punto la visión que llora
desapareció, y con los demás dispersos
por esos aires vacilando gime,
tanto la santa castidad le oprime.

Vuelve a juntarse la caterva inmundada
para asaltarle con sulfúrea pompa
y en resonante voz y furibunda
tocando Belial su infernal trompa,
dijo: —Yo he de ponerle la coyunda
que no haya fuerza alguna que la rompa:
sígame aquel que a victoria aspira,
que soy el bravo espíritu de ira.

Esgrimiendo un alfanje, en el palenque
entra con su escuadrón el ángel malo:
cual lleva garabato, cual rebenque,
cual por cota un barril, por lanza un palo,
aquéste un asador con un arenque,
aquél un escorpión por gran regalo,
uno un sucio galápago por casco,
otro por arcabuz un luengo frasco.

Comienzan el visible asalto horrendo
y, alzando las bisagras infernales,
arremeten a él con gran estruendo;
danle terribles golpes y mortales
tanto, que Antonio, el caso refiriendo,
dijo después ser los tormentos tales
que excede a los mayores desta vida
el que le daba la menor herida.

APARICIÓN DE LA CANDELARIA

(La Purificación: I, 182-184)

Mas porque dije de Canaria, quiero
contar un cuento breve milagroso
y, aunque con pobre estilo, me prefiero
de no ser importuno ni enfadoso;
y si saliere un poco del sendero
por do me lleva el paso presuroso,
maravillas diré de la Nivaria,
en honra y gloria de la Candelaria.

Cerca del monte Atlante, que en el cielo
tocar se finge, tienen sus moradas
las siete hermanas que con blanco velo
están del mar en torno coronadas,
que por su temperancia y fértil suelo
el nombre se les dio de Fortunadas
y hubo quien dijo, viendo ser tan bellas,
que los Campos Elíseos eran ellas.

Con tal favor el cielo aquí se mueve,
que cuanto se produce es deleitoso;
aquí el rigor no enfada de la nieve,
ni el del ardiente sol es enfadoso;
quien de sus aires gusta y aguas bebe
jamás olvida el sitio ameno umbroso
donde las Musas tienen su palacio:
mas quédese esto para más espacio.

La principal se llama Gran Canaria,
que da nombre a las otras, y es primera;
segunda, Tenerife o la Nivaria,
tercia La Palma, cuarta La Gomera,
la quinta Lanzarote, la Capraria
la sexta, y es El Hierro la postrera,
donde distila hoy día el árbol santo
que los antiguos celebraron tanto.

En medio está de todas asentada
la que en sitio y gente mayor dellas,
donde la gran pirámide nevada
parece competir con las estrellas,
y dicen que en su cumbre levantada
un sulfúreo volcán lanza centellas:
el alto monte Olimpo de gran fama
no tanto como aquí se encarama.

Al tiempo que los bárbaros gentiles,
que en esta tierra guanches se llamaban,
sus causas criminales y civiles
según su antigua ley determinaban,
en ejercicios nobles o serviles
con gran tranquilidad se sustentaban,
a la orilla del mar, en una cueva,
aconteció una cosa extraña y nueva.

Y fue que, habiendo un guanche apacentando
un rebaño de cabras que tenía,
en la obscura espelunca su ganado
pretendió recoger, como solía,
el cual, entrando dentro, alborotado
sin poderse tener, fuera volvía:
desto enojado el bárbaro atrevido,
arrebata un guijarro empedernido.

Y, viendo dentro de la cueva un bulto,
sacando hacia atrás el pie derecho
alza el gallardo brazo y con tumulto
quiso tirar, del tiro satisfecho:

como si hubiera un año que sepulto
aquel brazo estuviera, tan contrecho
y de virtud tan falto no quedara
antes que la cruel piedra soltara.

La fuerza de los nervios se le encoge
y la carne en un punto se le seca,
la sangre fría al cuerpo se recoge
y el fuerte brío en gran pavor se trueca.
Lleno de espanto, el mísero se acoge,
sospechando que paga por do peca;
saliéronle otros muchos al encuentro
que, llevándolos él, entraron dentro,

do vieron de madera bien tallada
la imagen de la Reina esclarecida
que fue luego de todos venerada,
puesto que de ninguno conocida;
de oro y azul la ropa era labrada
y de góticas letras guarnecida,
hermosa, honesta, grave y muy contenta
como quien tal señora representa.

Ora del alto cielo descendiese,
o allí el poder de Dios la fabricase,
ora de alguna nao se perdiese
y en esta parte el viento y mar la echase,
ora de algún lugar sagrado fuese,
que por milagro allí se transportase:
en fin, de cualquier modo que haya sido,
fue portento de Dios por tal tenido.

Un bárbaro de aquéllos, con denuedo,
por experimentar si viva estaba,
con pedernal le fue a cortar un dedo
y, pensando el gentil que le cortaba,
cortósele a sí propio; y tan gran miedo
desto el pueblo gentilico tomaba,
que nadie se atrevió de allí adelante
ni aun a tocar la ropa rozagante.

De aquella gente bárbara y antigua
con gran veneración fue respetada
y, aunque al primero pareció estantigua,
de todos fue después reverenciada,
porque de gente en gente se averigua
que junto al mar con lumbres fue hallada,
do andar la imagen y las lumbres vieron
y cantares angélicos oyeron.

Después que fue ganada la Nivaria
y al español dominio reducida
(que en esto fue más fácil que Canaria,
que resistió treinta años combatida),
la santa imagen de la Candelaria
fue de los españoles conocida
y, mudándola déste en otro asiento,
luego se le volvía a su aposento;

donde una chica iglesia fabricando,
sintieron muchas gentes sus milagros,
unos en gran tormenta naufragando,
otros cayendo de peñascos agros,
otros su santa casa visitando
contrechos, cojos, mancos, ciegos, magros
y de otras mil dolencias diferentes
quedaban luego sanos y valientes.

En fin, ha sido y es tan generosa
la devoción de grandes y de chicos,
que se ha hecho una iglesia suntuosa
y un convento de frailes dominicos
con una casa espléndida, famosa
do se van a hospedar pobres y ricos
que de todas las islas de Canaria
van siempre a visitar la Candelaria.

LA LONGANIMIDAD

(Santa Apolonia: I, 205-206)

Es longanimidad un luengo curso
do fortaleza y ánimo constante
hicieron celeberrimo discurso.

Es caudaloso río resonante
que da, en su margen puesto, el árbol fruto
de flores y de hojas abundante

y, caminando siempre resolute
por el espacio de una vida larga,
llega al inmenso mar con su tributo.

Es peto a prueba y es voluble adarga
contra importuna guerra y su braveza
y cena dulce tras comida amarga.

Es hija de la heroica fortaleza,
madre de la osadía y la constancia,
hermana del valor y la destreza.

Por ella tiene ser la tolerancia,
por ella es estimada la experiencia,
por ella se conserva la ganancia;

los actos de una larga penitencia
por ella se valoran y quilatan
y vienen a tener tanta excelencia.

Con ella las virtudes se dilatan
y se vuelven heroicas, y con ella
a los mismos demonios, hombres atan.

Es prueba que la firma el tiempo y sella,
de luengo amor y de ánimo constante
cual de Jacob con la serrana bella.

Es inviolable escudo de diamante
do todas las saetas se despuntan,
volviendo atrás en vez de ir adelante.

Es un seguro puerto do se juntan
los que de navegar están cansados
cuando ven la tormenta o la barruntan;

y en fin, es un reparo a los cuidados
de luenga edad, y en ella vale tanto
que los que viven más son más osados.

SANTA MARÍA EGIPCIA

(I, 286-290)

Deseando ser vista de la gente
(que entre las más es ordinario estilo),
a la ciudad me vine floreciente
que está donde en el mar inunda el Nilo:
allí en el vano amor impertinente
se comenzó a gastar cera y pabilo;
allí perdí, cuitada, en sazón verde,
la flor que no hay cobrarla quien la pierde.

Alabábanme algunos de hermosa,
creíamelo yo de pura necia;
otros, de muy discreta y de graciosa
y de otras prendas mil que el mundo precia:
preciábalo yo más, por ser viciosa,
que si fuera el tesoro de Venecia
y sobre aqueste frágil fundamento
fabricaba después torres de viento.

¡Oh, cuántas cosas referir pudiera
de mi perdida y torpe adolescencia!
Al fin vine a ser pública ramera
(perdona, abad Zosimas, mi indecencia).
Dio diez y siete vueltas a su esfera
la luz que aquí no tiene resistencia,
y diez y siete mil yo cada hora
que gira en torno el alma pecadora.

Fue tanto mi deleite en aquel vicio,
que no trataba de otra granjería
y, puesto que las deste infame oficio
tienen el interés por gallardía,
aunque con gran merced el vil oficio
pagaban mucho, yo jamás quería,
teniendo cualquier premio por injusto
y por notable agravio de mi gusto.

Y así, para pasar la pobre vida,
hilaba lino y, si esto no bastaba,
con voz más liberada que fingida
por Dios de puerta en puerta demandaba.
El ser de muchos vista y requerida
era de lo que yo más me preciaba,
que, como al bueno es la virtud regalo,
también lo suele ser el vicio al malo.

Viniendo, pues, un día a la marina
por ser vista y por ver, libre y galana,
vide que mucha gente alejandrina
y mucha más egipcia y africana
y de toda la tierra convecina
con extraña requesta, alegre, ufana,
en naves se embarcaba y en galeras
de que estaban pobladas las riberas.

Lleguéme a un joven, preguntéle: —¿Adónde
navega tanta gente? Y él, de presto:
—¿Tú sola, peregrina (me responde),
viviendo en esta tierra, ignoras esto?
¿A sola tu noticia se le esconde
lo que es a todo el orbe manifiesto?
Debes estar absorta y remontada
en las delicias de la vida airada.

Sabrás que el instrumento glorioso
de nuestra redención se nos descubre
allá en Jerusalén, en su famoso
festivo día, (en) el mes de octubre:

por eso es tanto el número piadoso
que desta playa las arenas cubre;
y no es razón que ningún alma cuerda,
pudiendo ver tan alto bien, lo pierda.

Removiósese con esto mi deseo
de navegar también en la jornada
y no fue devoción, mas devaneo,
que más fui dél que della provocada.
Preguntéle: —Entre tantos que aquí veo
¿podría yo pasar? Él: —Si te agrada
(me respondió), bien puedes, mayormente
si tienes para el flete suficiente.

—No tengo el flete (dije); pero a mengua
daría libremente mi persona.
Perdóname, Zosimas, si mi lengua
en tus castas orejas desentona:
por contarte la historia se deslengua,
mas si con ella el aire se inficiona
y aquella relación disgusto causa,
aquí haré, por no ofenderte, pausa.

—Antes me ofenderás extrañamente
(responde el viejo), en no acabar la historia,
que la verdad con término decente
hace la confesión más meritoria.
Ella prosigue: —Oyendo la indecente
palabra (el mozo) indigna de memoria,
se fue ofendido: que aun los no compuestos
de términos se ofenden descompuestos.

Arrojo por el suelo rueca y huso
y voyme donde estaban diez galanes
para embarcarse y, como tuve en uso,
les dije con lascivos ademanes:
—Si me queréis, quereros no rehúso:
a todos os tendré por mis rufianes;
llevadme en vuestra nave, y yo os prometo
de agradaros en público y en secreto.

De mi desenvoltura se rieron
y de mi desvergüenza se admiraron
y al fin en ambas cosas entendieron
ser yo la que al principio imaginaron:
en el batel de presto me pusieron
y a la nave remando me llevaron,
que entre los miserables pecadores
se afrontan fácilmente los humores.

Al viento dieron velas; y fue tanto
lo que al pecar les di, que no se puede
saber si la vergüenza al fiero espanto,
si el fiero espanto a la vergüenza excede:
ésta, de que con todos, todo cuanto
pude ofendí, rogando yo (procede)
y aquél, del riesgo extraño en que ofendía.
¡Ay Dios, tu gran piedad cuánto sufría!

Al fin llegamos a la gran princesa
de todas las ciudades y en llegando
puse de mi maldad la usada mesa,
con ella a cuantos vía convidando,
de la gente que vino al alta empresa
y de la natural mucha enlazando,
que la que fue en la mal tan mala hembra,
¿qué tal sería donde se coge y siembra?

Llegado, pues, el memorable día
que se suele mostrar la cruz preciosa,
me voy tras de la gente que acudía
al soberano templo, presurosa;
mas, aunque entraban todos, no podía
entrar aquesta mísera y viciosa,
que en llegando a la puerta con violencia
sentía extraordinaria resistencia.

Dos y tres veces intenté la entrada
y todas reprimió mi pecho injusto
una invisible mano, gobernada
de fuerte brazo y ánimo robusto:

y así, no quise más ser porfiada,
pues, bien considerado, no era justo
que, habiendo yo cerrado a Dios mi puerta,
la suya para mí estuviese abierta.

Púseme a parte, pensativa y sola
de ver que el estandarte que bien quisto
hizo con Dios al hombre, se enarbola
adonde, sino yo, todos lo han visto;
mi pensamiento de una en otra ola
vino a parar, y no sin luz de Cristo,
en que el no ver su cruz, del cielo escala,
fue por ser yo entre todos la más mala.

Comienzo a meditar mi torpe vida
y en la meditación se enciende un fuego
que con la nieve helada derretida
como en verano el Nilo, el suelo riego;
con grande horror y pena procedida
de mi pasado proceder tan ciego
estuve sollozando allí gran rato
hasta que de la Virgen vi un retrato.

Estaba en un costoso tabernáculo
el sacro bulto de la reina angélica
cuyo virgíneo gremio fue habitáculo
del rey que vino a dar ley evangélica;
alcé los ojos al divino oráculo
para buscar en él remedio célico,
que un alma declarada ya por tísica,
si no es del cielo, acá no tiene física.

Y dije: —No eran dignos de un objeto
tan alto como Vos, Virgen, mis ojos;
cuánto, y más, de tratar, ni aun en secreto,
con vuestra imagen santa mis enojos,
por ser Vos de las flores lo perfecto
y yo la imperfección de los abrojos:
Vos la misma pureza pura y alma,
yo, la misma inmundicia en cuerpo y alma.

Pero, considerando que sois madre
del que por su piedad sagrada inmensa
y por el gusto de su eterno Padre
vino a satisfacer de Adán la ofensa,
y que no hay propiedad que más os cuadre
que la misericordia y la defensa,
me atreveré, Señora, a suplicaros
queráis de mí doleros y apiadaros.

No tengo aquí favor, no tengo amparo:
dádmele Vos, princesa gloriosa
y, pues podéis hacer de obscuro claro,
hacedme a mí de mala, virtuosa;
y, si alcanzo por Vos del *Verbum caro*
licencia para ver su cruz preciosa,
le promete mi alma y le protesta
que no seré *in aeternum* deshonesto.

Y desto quiero darle una fianza
donde el mayor tesoro se atesora:
ésta sois Vos, y tengo confianza
que no desdeñaréis el ser fiadora
y, conseguido el fin de mi esperanza,
yo os prometo, santísima Señora,
de disponer el resto de mi vida
de la suerte que Vos fuereis servida.

Estas palabras dije, arrodillada
ante la imagen de la gran María
y oír me pareció, siendo acabada
aquesta mi oración, decir: —Confía.
Levántome en un punto, confiada;
entré en el templo lleno de alegría,
que no hay puerta cerrada al Verbo eterno
en el cielo, en la tierra, en el infierno.

Puse los ojos en el árbol santo
do obró la redención el Señor mío;
consideré el misterio sacrosanto,
burla al gentil, escándalo al judío;

pedí perdón a Dios con tierno llanto
de mi pasado torpe desvarío,
que a quien le pide y llama, da y responde
y al alma que le busca no se esconde.

Salí del sacro templo celebrado
y por ser de mi Dios en esta vida
el agradecimiento tan amado
cuanto la ingratitud aborrecida,
al simulacro vuelvo, consagrado
a la reina del cielo esclarecida
y ante él arrodillada, pobre y falta,
le di las gracias de merced tan alta.

Después le supliqué me encaminara
en aquello que más me convenía
para la gloria de su Hijo y para
salvar con su favor el alma mía;
y parecióme oír una voz clara
que con gran vehemencia me decía:
—Si pasas del Jordán el agua pura,
tendrás en dulce paz quietud segura.

Dispóngome al oráculo divino,
suplicando a la Virgen me conforte,
que el más difícil y áspero camino
se vuelve llano y fácil, si ella es norte;
salgo de aquel lugar, que ya fue digno
de competir con la celeste corte
cuando con sus empresas militares
el sumo Rey le honró, y los doce pares.

Diéronme de limosna tres dineros:
compro con ellos otros tantos panes
y, a pesar de los cinco bandoleros
que fueron de mi cuerpo capitanes
y de los tres castillos altaneros
donde forjaba el alma huracanes,
ofrezco el paso a la difícil senda,
llevando siempre la razón la rienda.

Llegué al Jordán, y entre la verde hierba
y algunas plantas de la sacra riva
estaba un oratorio que conserva
del gran Bautista la memoria viva:
allí la voluntad, que humilde sierva
ya se había vuelto de señora altiva,
gasto la noche orando en el sagrario
y en hacer de mis culpas inventario.

Venida el alba que descubre y muestra
las cosas y distingue los colores,
descubro yo también y hago muestra
al confesor de todos mis errores
y siendo en ellos singular maestra
(¡oh, gran remedio y bien de pecadores!)
libre y suelta quedé con el sufragio
de la segunda tabla del naufragio.

Oigo el misterio de la misa y veo
alzar a Dios con celestial decoro;
la eterna Majestad que adoro, creo
y el mismo Redentor que creo, adoro;
recíbole después con gran deseo
de llevarme en mi pecho tal tesoro,
que quien a tal Señor lleva consigo
no teme que le ofenda su enemigo.

Paso el Jordán con alta maravilla
de ver las bellas ondas y agua clara
que el hijo de la Virgen sin mancilla
con su bautismo hizo al cielo cara;
sentéme un poco en la sagrada orilla
do me lavé las manos y la cara
y, de un pan de los tres comido el medio,
comienzo a caminar tras mi remedio.

Comienzo a caminar por el inculto
desierto campo con resuelto paso
hasta llegar al sitio más oculto
do me voy consumiendo paso a paso:

aquí de mi maldad y grave insulto,
pidiendo a Dios perdón, la vida paso.
Éste es el triste cuento, abad Zosimas,
de la que sin razón en tanto estimas.

El santo viejo, que con alma atenta
de oír la memorable historia gusta:
—¿Qué tanto (dice) habrá que la tormenta
del mundo abandonaste, o alma justa?
—Tres años faltarán para cincuenta
(le respondió la penitente adusta)
que pasé del Jordán las frías aguas
porque las de mis ojos fuesen fraguas.

Admirado el abad: —¿Con qué alimento
(le repregunta) has sido entretenida?
Ella le replicó: Poco sustento
basta para pasar la mortal vida:
los dos panes y medio, que en el tiento
ya parecían piedra endurecida,
y algunas hierbecillas y raíces
han sido el manjar blanco y las perdices.

Vuelve a rogarle el viejo venerando
le diga la rebelde resistencia
que suele hacer el enemigo bando
en una tan famosa penitencia:
—Dolor me mandas renovar infando
(ella le respondió) y de gran violencia;
mas, aunque huya y tema la memoria,
algo te contaré de aquesa historia.

En tanto contra un alma penitente
del tenebroso príncipe la invidia
(y más, si de sus lazos libremente
se huye y por ganar el cielo lidia),
que luego aduna la tartárea gente
que sigue de su intento la perfidia,
con quien y mundo y carne, es importuno
hasta que de los dos se rinde el uno.

Seguida, perseguida y maltratada
más tiempo fui de diez y siete años
de toda la caterva conjurada
en su maligno intento y en mis daños;
vime tan combatida y asaltada
y fueron los asaltos tan extraños,
que sin remedio al mundo me volviera,
si de su mano Dios no me tuviera.

Del regalado Egipto me acordaba,
de la opulenta libre Alejandría,
de los dulces manjares que gustaba,
de los ricos adornos que vestía,
de las letrillas verdes que cantaba,
de las palabras blandas que decía,
de los melindres, fieros y demanes
con que multiplicaba mis galanes.

Mas, sobre mí volviendo, al gozo eterno
volvía el pensamiento y la memoria,
temiendo los tormentos del infierno
y amando los contentos de la gloria:
imitaba las nubes en invierno
y en el verano la abundante noria,
siendo las tristes ofuscadas luces
de mis cansados ojos arcaduces.

Volvía luego el alma a la luz bella
de la que con su Hijo es fiadora,
diciéndole: —Pues sois del mar estrella
y amparo de la gente pecadora
y veis que el enemigo me atropella,
favorecedme, celestial Señora:
mirad que me fiasteis, y que fía
su remedio de Vos, el alma mía.

Luego me arrodillaba y, en el suelo
puesta la boca, oraba hasta tanto
que me cubría un resplandor del cielo
a semejanza de purpúreo manto:

cesaba al punto el tímido recelo
y de las tentaciones el espanto,
quedando consolada y vencedora
gracias al gran Señor y a mi fiadora.

—Del vestido también me certifica,
le dijo el santo; y ella no resiste:

—Gasté luego el que traje (le replica)
y quedéme desnuda cual me viste,
sufriendo el bravo sol que tanto pica
y la inclemencia del invierno triste
hasta cumplir los diez y siete años
que Dios me dio después gozos extraños.

Ea, hermosas damas, que el cabello
que os dio naturaleza negro y llano
a costa vuestra y su pesar volvello
queréis dorado y retorcido a mano,
sin ver que el natural es el más bello
y que vuelve a su ser tarde o temprano,
venid aquí: veréis blancos cabellos
que gusta el mismo Dios de estar cabe ellos.

Las que el color de las purpúreas rosas
queréis mostrar en la mejilla y frente
y a fuerza de artificio ser hermosas
(cosa tan conocida y no decente)
y las que sin industria desta suerte
lo sois al gusto y ojos de la gente,
venid aquí: veréis la hermosura
que agrada al Rey de la suprema altura.

Y las que del pavón hacéis la rueda
sin contemplar el fin (¡el gran desatino!)
del oro investigando y de la seda
para el pomposo ornato lo más fino,
haciendo de las galas almoneda
y de las invenciones remolino,
venid aquí: veréis el ornamento
que a los ojos de Dios da más contento.

Y al fin las que en letrillas y tonadas
gastáis, y no en labor, la noche y día
y, gustando de amar y ser amadas,
sembráis entre las almas tiranía,
haciendo del amor más ensaladas
que el rucio sol en mayo flores cría,
aquí veréis la música y amores
de que gusta el Señor de los señores.

LA PRESTEZA

(Tiburcio, Valeriano y Máximo: II, 31-32)

Es cólera del alma la presteza,
impulso de agudeza extraordinario
y un acto voluntario, que procede
de inspiración que excede al modo humano.
Quien puede andar temprano, no ande tarde
ni el día de hoy aguarde al de mañana,
cual flecha soberana, despedida
de fuerza bien regida y gobernada
al blanco encaminada. Y no se entienda
que es bien correr sin rienda y sin acuerdo;
antes quien fuere cuerdo tiente y tase
el vado antes que pase. Mi sentido
es que en lo difinido y asentado
quien más apresurado el bien siguiere
y más presto saliere a la conquista
tendrá en vista y revista buena suerte
y al tiempo de la muerte buen despacho;
en otros casos tacho el resolverse
sin primero entenderse bien la empresa.
El áncora, que presa se nos muestra
de un delfín, nos adiestra y nos avisa
a dar despacio prisa y, fuera desto,
se alaba el modo presto en otras cosas
y las más ingeniosas y sesudas,
cuando son más agudas y más prestas,
especialmente en respuestas, más se estiman.

SAN PEDRO MÁRTIR

(II, 73-82)

Acabado este canto, entró la Fama
con la velocidad que lustra el orbe
y, de sus lenguas una desatando
con que suelen decir verdades puras
(que la que no las dice, aquí no habla),
propuso en el Senado desta suerte:

—No fuera de propósito he venido,
congregación heroica, a vuestro alcázar,
ni lo será mi plática, pues toda
viene a parar en gloria y alabanza
del sacro inquisidor San Pedro Mártir,
cuya festividad hoy se celebra:
y así, con el respeto y el decoro
a vuestra majestad sacra debido,
para poder hablar pido licencia.

Holgáronse las ínclitas Virtudes
de ver aquel extraño personaje
que cuanto más movable es más brioso
y caminando adquiere nuevas fuerzas.
Vieron sus muchos ojos, lenguas, alas
y la serena trompa con que atruena
del orbe los confines y, riendo
de ver su aspecto y deseando oírla,

le dieron la licencia; y, levantando
la Fama el claro tono, así prosigue:

* * *

Después que la inmortal Naturaleza,
potestad ordinaria del Rey sumo,
fuerza y virtud de elementadas cosas,
dio forma y ser a todo lo visible
repartiendo los dones y bellezas,
oficios y excelencias a su arbitrio,
como se ve en la máquina del mundo,
quiso, como un retórico excelente,
para mostrar su pompa toda junta
y el plenario poder que Dios le otorga,
epilogar sus obras y grandezas
en un pequeño círculo y espacio
cifrando en él las perfecciones todas
que por el mundo estaban repartidas;
para lo cual, con soberano acuerdo,
hizo, como se cuenta de los dioses,
de todo lo más bello una Pandora.

Del cielo puso a parte lo más noble,
del aire lo más puro y regalado,
del mar lo menos bravo y más tranquilo
y del terreno sitio lo más fértil;
de selvas lo más verde y apacible,
de flores lo más fresco y más suave,
de fuentes lo más claro y cristalino,
de frutos lo mejor y más granado,
del canto de las aves lo más dulce,
de la salud y vida la más larga,
de los ingenios lo que más se acendra
y de todos los temples el más sano.

Désta y de otras muchas calidades
que por el globo esférico se esparcen
juntó Naturaleza las mejores
y, dellas hecho un admirable mixto,
las puso todas en un chico asiento
que está en el mar Atlante, a quien por nombre
dio la gentilidad Campos Elíseos,
por su temperie y fértil abundancia.

Ésta es la isla de la Gran Canaria
a quien su nombre dio también Fortuna,
nombrada con razón en toda parte
princesa de las Islas Fortunadas,
que todas toman della el apellido.
En ella está la selva de Doramas
tan célebre en el mundo, a quien rendido
está el Pierio, el Pindo y el Parnaso
y todos los demás sagrados montes.
En ella se destila ambrosía y néctar
y respirando un céfiro suave
conserva una perpetua primavera,
del cielo regalada eternamente
con mil particulares privilegios.
Hay en los pobladores destas islas
diversas opiniones: lo más cierto
es que fueron de la África vecina.

En las costumbres fueron los canarios
prudentes, avisados y compuestos
en las batallas, hábiles, astutos,
valientes, atrevidos y constantes;
en la verdad y honor, tan puntuales
que sempiternamente aborrecida
fue dellos la mentira y la deshonra.
Eran en el sustento muy templados,
nobles en condición y muy sencillos.
Nunca tuvieron ídolos; un solo

Dios veneraban, señalando el cielo.
Lanzas de fina tea eran sus armas,
tarjas de drago, piedra fulminante
y espada de acebuche, que en sus brazos
no menos que de acero parecían.
El traje era de pieles de animales
que llamaban tamarco, aderezado
curiosamente a modo de ropilla.
Eran de mucha gracia las mujeres
algo morenas, bellas y piadosas,
honestos ojos negros y rasgados;
su adorno era de pieles y esterillas
de palma artificiosamente obradas.

La fama destas ínsulas de Atlante
tocó los pechos de gallarda gente
poniéndoles deseo al alta empresa.
Fue señalado entre ellos un famoso
ilustre y bien andante personaje
que Juan de Betancurt tuvo por nombre.
Éste, por orden del Hispano imperio,
a la conquista destas islas vino
con título real de señor dellas.
Ganó las cuatro o cinco, mas no pudo,
aunque lo procuró con muchas veras,
ganar la Gran Canaria, porque siempre
se defendió con mucha gallardía.
Dejó las islas a Monsiur Maciote,
sobrino suyo, y dio la vuelta a España;
éste las dio en empeño, muerto el tío,
a don Guillén llamado de Las Casas,
y éste las dio con una hija en dote
a Hernán Peraza, caballero noble,
el cual las dio también en casamiento
con su heredera doña Inés Peraza,
ilustre, generosa y bella dama,
al valeroso Diego de Herrera,
de clara antigua sangre procedido.

Vinieron ambos a la gran conquista
y vinieron también los gloriosos
San Torcaz y San Diego y otros santos
cuya predicación, cuyo martirio
dio nombre eterno a todas estas islas.

Hizo el Herrera memorables cosas
de fama dignas, pero nunca pudo
conquistar a Canaria y, viendo aquesto
la Majestad Católica de España,
tomó a su cargo regio la conquista
della, de Tenerife y de La Palma.
Ganó las dos, pero Canaria fuerte
no se dejó ganar en muchos años,
por ser su gente belicosa y diestra,
de gran valor y de ánimo invencible.
Vinieron finalmente a conquistarla
valientes generales españoles
y, habiendo precedido mil reencuentros,
mil peligrosos trances y batallas,
en la postrera más horrenda y brava
ganaron los hispanos la victoria
siendo su general Pedro de Vera,
brioso caballero jerezano.
Aqueste soberano alegre día
fue de San Pedro Mártir glorioso,
cuyos sagrados méritos y ruegos
se puede bien creer piadosamente
que desta gran victoria fueron causa:
y así la Gran Canaria, agradecida
de tan alta merced, ofrece ufana
a su patrón San Pedro alegre fiesta
el día de su célebre martirio
y saca en procesión el estandarte
que fue del gran pastor don Juan de Frías
obispo destas islas venturosas
y gran conquistador de Gran Canaria.

No trato aquí de aquellos valerosos
conquistadores de sidérea fama,
Muxicas y Rejones y Cairascos
que de Vizcaya, de Valencia y Niza
vinieron, y otros muchos de alto nombre,
que ya por todo el mundo en voz sonora
los memorables hechos he cantado
y gloria que adquirieron en Canaria,
lo cual no solamente esta victoria,
mas otras que le ha dado el alto cielo
a su patrón santísimo atribuye.
Y una de las que más estima y precia
ha sido la del Draque y de Juanacre,
famosos generales de Britania:
y así, la celebró con canto acorde
y grave pompa, el día deste santo,
el año de noventa y seis, a veinte
y nueve del florido alegre mayo.

* * *

Aquí paró la Fama; y las Virtudes,
contentas de su plática, mandaron
hiciese relación desta victoria
del modo que pasó, sin pasar punto.
Volvió la Fama a levantar el tono
diciendo: —Aunque el estilo no es tan grave
como el que aquí se trata, obedeciendo,
senado heroico, cantaré la historia
al mismo frasis que la Gran Canaria
la celebró— que fue de aquesta suerte:

CANTORES

*Bien es, Canaria, que cantes
tus victorias importantes
y, pues son dignas de cedro,
da las gracias a San Pedro.*

Entre dos damas bizarras
que tienen nombre de grandes
año de noventa y cinco
hubo un famoso debate

y, aunque suelen las mujeres
ser tímidas y cobardes
(por hallarse muy de lejos
el precio de una, constante),

estas dos, contra el estilo
del femenino semblante,
se mostraron por extremo
briosas, fuertes y audaces.

Ambas son de estima ilustre,
ambas de real linaje,
de gallardos pechos ambas,
ambas servidas de amantes.

Fue la una muy hermosa
y agora es abominable,
por trocar la ley de Cristo
a las heréticas fraudes;

Y la otra era muy fea,
mas ya es bella y de buen talle,
por trocar los falsos dioses
al cristífero estandarte.

A la una baña el norte,
a la otra el mar de Atlante:
es la una Inglaterra,
la otra, Canaria grande.

La primera es tan potente,
tan altiva y arrogante,
que con España compite
y en la tierra y mar no cabe;

la segunda, humilde y pobre,
mas subida de quilates
y de ilustres margaritas
un maravilloso engaste.

Viniendo, pues, la soberbia
con la humildad a encontrarse,
la pobre venció a la rica,
como dirá este romance:

que la mano poderosa
del omnipotente Padre
sube en alto los humildes
y los soberbios abate.

Al punto que la alba bella
por el horizonte sale,
hizo farol la atalaya,
del castillo un trueno parte.

Luego vieron los expertos
que la ocasión era grave,
por ser aquélla la hora
de los belicosos trances.

Quitó de presto la duda
un desengaño espantable,
que fue asomar por las rocas
treinta poderosas naves.

Canaria se dio por dicho
que era la armada del Draque,
y no le quitó los bríos
el objeto formidable

que, por ser tan de repente,
sin tener nueva de nadie,
no tuvo lugar el miedo
de mortificar la sangre,

demás de ser tan briosa
en todo tiempo y contraste,
que jamás la cobardía
a su pecho ha dado alcance.

Suena luego en los oídos
el horrendo son de Marte
y en el corazón la honra
hace música suave.

Salieron de los primeros
las mayores potestades,
sin que faltase ninguna
de las sacras y seglares,

ordenando lo que importa,
como diestros personajes,
que en semejantes conflictos
muestra el oro sus quilates.

Salieron en bella muestra
el sacro cabildo y frailes
con bandera azul y roja,
colores de cielo y sangre.

Salió la caballería
con su capitán delante
y las cuatro compañías
con sus cuatro capitanes.

Todos van con fuerte brío
y con alegre semblante,
que alegría y fortaleza
de victoria son señales.

De las cavernas y cumbres
bajaron como alemanes
mil Doramas y Adargomas,
Maninidras, Bentagaires,

Chambenegueres valientes,
Autindanas memorables,
saltando por esos riscos
como sátiros salvajes,

Por llegar a la marina
a morir como Roldanes
por la patria, por la honra
y por la fe de sus padres.

Como tímidas palomas
que revuelan por el aire
cuando sienten el azor
que les viene dando alcance,

así las hermosas damas
por acá y allá se esparcen,
que el miedo les da osadía,
la flaqueza, fuerza y arte.

Olvídanse de sus galas,
guirnardillas y almirantes,
que el honor es la presea
que debe más estimarse

y, juntándose en cuadrillas
como en Jueves de comadres,
se suben por las laderas
ventilando los volantes:

unas quedan en Tafira,
otras pasan adelante,
otras se van a Tenoya,
otras a diversas partes;

otras están a la mira
por ver el fin de los trajes,
otras paran en el risco
por ver el fiero combate.

También ayudaron ellas
a combatir de su parte,
con armas de más efecto
que de acero fulminante:

saetas son los suspiros,
las oraciones montantes
y de su llanto las perlas
eran balas de diamante.

En tanto el inglés no duerme
aunque parezca que tarde,
que esperaba la marea
ocupado en ordenarse.

Salta el Draque en un esquife
y en otro esquife Juanacre
y la más gallarda gente
en escuadras la reparten.

Súbese luego a la popa
de la capitana el Draque
y así los incita y mueve
en alta voz resonante:

—Capitanes y soldados,
de Britania luz y esmalte,
enseñados a victorias
y a rendir grandes ciudades,

en Canaria no hay defensa
ni saben qué cosa es Marte
gente ociosa y regalada,
sin experiencia, sin arte.

En medio de sus castillos,
donde no hay pieza de alcance,
está la playa que os dije:
allí todos desembarquen.

De las mejores conservas
cargaréis luego una nave
para enviar a la reina,
si es posible, por el aire.

Los regidores son ricos
y más ricos los abades;
mermelada y confitura
no hay otra que se le iguale.

Hay vinos maravillosos,
maduros, blandos, suaves
y otros de diversos gustos,
haloquetes y raspantes:

están las bodegas llenas,
por haber pocos que traten
los almacenes de azúcar,
porque no hay quien compre y cargue.

Hallaréis damas bizarras
de discreción y donaire,
muchas vírgenes hermosas,
porque no hay con quien se casen.

Hay tiendas de gran riqueza,
caudalosos mercadantes
y, en fin, todos los regalos
que pueden imaginarse.

Id prestos, soldados míos,
a citarlos de remate
y volved con tal victoria
que por el mundo se alabe.

Júntanse en tanto los nuestros
que, volando como aves,
bajaban por las laderas
a las playas y arenales.

Diez y seis banderas bellas
tremolaban por los aires,
ondeando rojas cruces
junto del marino margen.

Anímanse unos a otros
con palabras y ademanes,
y juraré que ninguno
allí se mostró cobarde.

Ya navegan treinta lanchas
en apariencia espantable
con catorce galeones
que les hacen baluarte.

En ellos y en ellas vienen
tres mil armados infantes,
que no los vio el Océano
tan bizarros y arrogantes.

De flámulas, gallardetes,
banderolas, estandartes
y picas enarboladas
vienen poblando los aires,

y los pífanos y cajas,
chirimías resonantes,
trompas, dulzainas, clarines
atruenan los anchos mares.

Acudieron al ruido
las marines deidades,
Palemón, Portuno y Forco,
Melicerta y Atamante;

acudió Glauco y Nereo
y Proteo el de Carpate,
las focas y las nereidas
con Doris la bella madre.

Mil tritones y delfines
hacen diversos pasajes
siguiendo al padre Neptuno
que en su carro iba delante

y atentos esperan todos
de aquesta guerra el remate
para dar laura a quien vence
de perlas y de corales.

Ya se ven los galeones
del castillo y homenaje
y las lanchas con sus remos
que señalan los compases.

Reforzados basiliscos
disparó luego el alcaide,
que enviaron muchas almas
a las grotas infernales.

Luego el fuerte de Santa Ana
abrió por el aire calles
con muchos globos de hierro
que amenazan grandes males.

Sin embargo los ingleses
van siguiendo su viaje
a la playa de la reina
que a Maxencio hizo ultraje.

Viendo del bravo enemigo
la potestad formidable,
hubo algunos pareceres
que el campo se retirase

a esperar tras de la cerca
el belicoso contraste,
que fuera total ruina
de Canaria y su remate;

porque formando escuadrones
en hileras militares,
no tiene Canaria fuerza
que las rompa y desbarate.

Y así, el rector de la Audiencia
mandó que allí se esperase
y que el inglés se acometa
al tiempo que desembarque,

que el isleño es poderoso
a la marina y sin arte:
y, después de Dios, en esto
estuvo nuestro rescate.

Los canarios animosos
se opusieron luego al trance,
sin que el ánimo invencible
en uno solo faltase.

A los ingleses esperan
con su general delante,
que con espada y rodela
representa un fiero Marte.

Ya llegan los galeones,
ya se acercan los patajes,
ya las armas se divisan,
divísanse los semblantes.

Con insólita braveza,
extraordinario coraje,
comienza la batería
a la una de la tarde.

Escupen los altos pinos
bramidos como volcanes
y en espeso humo envueltas
pelotas innumerables.

El campo dio la respuesta
con unos versos y sacres
llevados a la marina
por industria de algún ángel.

Treinta balas de mosquete
disparan de cada lance,
que en las lanchas esparcidas
iban dando a muchos mate:

así diestro arcabucero,
viendo bandas de zorzales,
les tira con perdigones
y unos vuelan y otros caen.

Ya no suenan los clarines,
ya las banderas se abaten,
ya se suspenden los remos
y las lanchas se retraen.

Los nuestros alzan el grito
y los llaman de cobardes,
convídanlos a la guerra
con mil señas y donaires.

Duró tres horas continuas
el bravísimo combate,
sin cesar los enemigos
de tirar rayos de Marte,

y fue milagro evidente
que, con ser innumerables,
a ninguno de los nuestros
sacaron gota de sangre,

con estar por la marina
nuestra gente en sus lugares
y disparar los bajeles
mil rayos a cada parte.

Viendo, pues, la resistencia
de los canarios magnates,
la gallarda valentía
de sus pechos de diamante,

y viendo el notable daño
que de tierra se les hace,
perdidos y afrentados
acuerdan de retirarse.

Ya revuelven los navíos
las proas hacia Levante
y las lanchas temerosas
aprehenden fuga infame:

huyen a la retaguardia
que las defienda y ampare,
que estaba surta en los Roques,
esperando un buen mensaje.

Desta misma suerte, viendo
el milano que se abate,
huyen los tímidos pollos
desalados a su madre.

De velas toda la armada
y en bella muestra y alarde
surcando del mar las ondas
al Arguineguín se parten;

y estando todos en tierra,
soldados y generales
diez hórridos semicapros
les hicieron bravo ultraje.

Puñales y medias lanzas
aquestos sátiros traen
y acometen resolutos
a los armados jayanes.

Éstos mataron diez hombres
y algunos muy principales
y trujeron dos cautivos
que contaron todo el trance.

—No hay que esperar en Canaria
(dijo en alta voz el Draque):
valerosos hombres tiene,
de tales pueden loarse.

Mi señor el rey Felipo
puede muy bien gloriarse
que tiene en Canaria gente
briosa, fuerte, constante.

Embárcanse los ingleses
con pavoroso semblante
y navegan a las Indias
con mal pie y con mal viaje.

Vuele tan alta victoria
desde el Ebro hasta el Ganges
y desde el helado Scita
al adusto Garamante.

y dense las gracias della,
después de Cristo, a su Madre,
a Santa Ana y a San Pedro,
de Gran Canaria pilares.

* * *

Acabado el romance, al sacro coro
Prudencia dijo así: —No siempre el arco
ha de estar enarcado, antes importa

aflojarle la cuerda algunas veces,
para tirar después con mayor fuerza;
de cuando en cuando verdaderos cuentos,
buena conversación, música honesta
entretienen del alma las potencias
para volver después con mayor brío
al grave estudio y ejercicios altos.

Tomó de aquí la Fama atrevimiento
y, pidiendo licencia y concedida
con que fuese la plática más breve,
así propuso con sonoro acento:

—Quiso probar sus fuerzas con Canaria
Holanda, la cismática rebelde;
para lo cual con una gruesa armada
de ochenta galeones que pusieran
miedo a Sevilla y a la gran Lisboa
el asalto le dio en medio del año
de mil quinientos y noventa y nueve.
Salieron los canarios a la orilla
a defender la patria osadamente
a ciento y treinta lanchas que venían
con una selva de arboladas picas
y de mosquetería innumerable,
reverberando el sol en las celadas
que daban luz a los vecinos montes.
Y, sin haber trinchea ni reparo,
llegaron los isleños valerosos
a medir las espadas y las lanzas
con los determinados holandeses
que estaban en las lanchas; y, aunque aquesto
de gran temeridad tuvo apariencia,
fue de valor un ímpetu gallardo
y celo de cristiana valentía.

Tiñóse el mar con una y otra sangre,
muriendo más herejes que cristianos.
La lluvia de esmeriles y mosquetes

al fin abrió camino en la ribera
y así, desembarcó la infantería
pisando las arenas fortunadas
diez mil flamencos, bien armados todos
y siendo apenas mil los defensores
con pocas armas, pocos arcabuces,
convino y fue forzoso el retirarse
a la ciudad; y en esta retirada
fue milagro evidente no perderse
ni aun una vida, habiéndoles tirado
más de cuatro mil globos impelidos
de salitrado polvo los bajeles.

Ganando, pues, los milites de Holanda
para seguridad de sus navíos
el castillo del puerto, en breve espacio
a la ciudad, que dél está distante
dos millas poco más, pusieron cerco,
haciendo sus reparos y trincheas.
El frágil muro defendió tres días,
contra toda esperanza, poca gente
a la mucha enemiga que, batiendo
con nueve basiliscos, relumbraron
del aire, mar y tierra los confines.
Salváronse en aqueste breve tiempo
de la ciudad riquísimos despojos,
y del cerro del santo más humilde
y del fuerte a la abuela consagrado
de nuestro Redentor, del rubio bronce
se despidieron rayos que enviaron
a cenar con Plutón más de seiscientos.

La costosa ciudad al fin ganaron,
do poco más hallaron de las casas
y, ardiendo en vivas brasas de corridos
y de furor vencidos, por la tierra
entraron a dar guerra a los lugares
más de cuatro millares de soldados
valientes y arriscados, y en un monte

las aguas de Aqueronte se gustaron
de muchos que mataron los isleños
con lanzas y con leños y, temiendo
aquel asalto horrendo los de Holanda
y brava escurribanda, fue forzoso
volver con vergonzoso movimiento
a pocos más de ciento las espaldas.
Con aquestas guirnaldas los canarios
siguieron temerarios el alcance
y al fin, de lance en lance, los llevaron
hasta que se embarcaron con afrenta,
huyendo la tormenta de Canaria.
Mostrósele voltaria la fortuna,
rompiendo la columna de su gloria
y así, su vanagloria mal nacida
de victoria vencida tuvo nombre,
ganando este renombre esclarecido
el patrón referido; y con la honra
de holandesa deshonra matizada
quedó Canaria honrada y valerosa,
aunque algo perdidosa en edificios:
que éstos son los oficios de vil gente,
vengar con fuego ardiente licencioso
lo que el brazo alevoso tan cobarde
no se atrevió ni pudo aquella tarde.

LA INVENCIÓN

(La Invención de la Cruz: II, 110-111)

En todo cuanto acá la industria humana
ordena y traza con estudio y arte
conviene mucho la invención galana,
porque es importantísima esta parte:
o sea materia santa, o sea profana,
de Apolo, de Mercurio, Venus, Marte,
de música, oratoria, de poesía,
si no lleva invención, es cosa fría.

Y no sólo los hombres deste suelo
en sus escritos, obras, días festivos
con varia discreción, con vario velo
de los términos usan inventivos,
pero el mismo Señor de tierra y cielo
para poner en obra sus motivos
gustó también en varias ocasiones
de usar maravillosas invenciones.

Y así, el santo real profeta estando
con el usado ingenio y artificio
a solas con el mismo Dios tratando,
como lo tuvo siempre por oficio,
dijo: —Estaré tus obras meditando,
serán tus invenciones mi ejercicio
(diciendo que, aunque aquéllas contemplaba,
en éstas mucho más se recreaba).

Debía considerar el gran profeta
los admirables cercos celestiales,
el curso propio de cualquier planeta,
los mixtos, plantas, hierbas, animales
el hombre (que es criatura más perfecta),
los efectos y causas naturales,
sacando de mirar cosas tan bellas
el inmenso valor del autor dellas.

Y, aunque el profeta regio meditaba
estas obras de Dios tan admirables,
en lo que siempre más se ejercitaba
era en sus invenciones inefables,
porque en éstas el santo rey hallaba
misterios más heroicos y espantables,
cual se podrá entender de dos que han sido
de mayor extrañeza a nuestro oído.

La una fue cuando del alta cumbre
de su divinidad al hondo valle
de lágrimas bajó por darnos lumbré
el mismo Dios, vestido a nuestro talle
y con disfraz de humana servidumbre
que asombraba a los ángeles miralle
debajo del sayal que le cubría
brocados de tres altos descubría.

Viéronse para gloria suya, en esta
invención, invenciones de alta fama;
viose el gozo llorar, gemir la fiesta,
temblar de frío el mismo fuego y llama,
la pobreza terrena en cielo puesta,
la riqueza divina en pobre cama;
el mismo pan se vio con hambre esquiva,
con sed la misma fuente de agua viva.

Viose mortal el inmortal, pasible
el impasible y el que nos gobierna
sujeto, conmutable el inmovible
y enmudecida la palabra eterna;

viose también visible lo invisible,
y en aquesta invención rara y moderna
se vio (para que en ella se eche el resto)
Dios hombre, Virgen madre en un supuesto.

Fue la otra invención aún más costosa,
de más admiración y gallardía,
porque en Jerusalén, ciudad famosa
donde de todo el orbe gente había
estando atenta a ver tan nueva cosa
en un alegre pascua a mediodía
salió con extrañísimo aparato
el Redentor de casa de Pilato.

Delante iban ministros de justicia
con ronco son de doloroso acento
y en escuadrón confuso la milicia
con el pendón real tendido al viento;
el pregonero dando iba noticia
del caso grave con sonoro acento,
y luego el rey de la estrellada esfera
salió con su invención desta manera:

de espinas la cabeza coronada,
de rojo humor el suelo matizando,
al cuello una gran sogá encadenada
por donde los sayones van tirando;
sobre los hombros una cruz pesada
que le hace arrodillar de cuando en cuando;
los pies descalzos sobre piedras vivas,
la ropa y rostro lleno de salivas.

Esta rara invención que al mundo espanta
sacó la Majestad sacra infinita,
y con razón el rey David se encanta
y en ella de ordinario se ejercita,
pues no hay entendimiento y fuerza tanta
que no se asombre y muestre ser finita,
si considera en una cruz clavado
al gran Señor de todo lo criado.

LA COQUETA ANTE EL ESPEJO

(Nereo, Arquileo y Pancracio: II, 160)

Puso delante aquel amigo viejo
que dice la verdad y no es creído
y, aunque es su condición dar buen consejo,
de pocos en el mundo es admitido;
comienza, pues, mirándose al espejo,
a peinar el cabello que, esparcido,
hicieron las vislumbres que alimenta
a los rayos del sol y al oro afrenta.

Parte rizando va, parte con cinta
de seda y oro menos fino enlaza
y, dél hecho guirnalda, el oro pinta
y los dos arcos negros adelgaza;
de blanca nieve y de sanguínea tinta
se pone un resplandor tal, que amenaza
con él las almas el rapaz desnudo
que es ciego y puede ver, habla y es mudo.

Y, habiendo de preciosas margaritas
adornado de Arabia las madejas
y de nativas frescas florecitas,
volvió a mirarse y enarcó las cejas;
vistióse ricas telas exquisitas
a cuya falta suelen dar mil quejas
de fortuna las damas y, esto hecho,
puso una rosa en el virgíneo pecho.

Cubrióse con un velo que a la vista
la libertad no impide o la licencia,
poniendo en cada cosa desta lista
grandísimo cuidado y diligencia;
y el propio Amor, en vista y en revista
(aunque parte y juez) dio la sentencia
que de la corte amplifica romana
era la más hermosa y más galana.

LA SABIDURÍA

(Pentecostés: II, 174)

Es la sabiduría en este mundo
caudal de pobres y primor de ricos,
honra de mozos y de ancianos gloria.
El hombre que no sabe lo que debe
es un bruto animal entre los hombres
y el que no sabe más de lo ordinario
es hombre racional entre los brutos:
mas el que sabe cuanto acá ser puede
es dios entre los seres racionales.
Mejor hacienda es la sabiduría
que la riqueza, porque con aquélla
se alcanza aquésta, y ésta sin esotra
se pierde fácilmente y se destruye.

La ciencia del que solamente sabe
para saber, curiosidad se llama
y la de aquel que sabe solamente
para que así se entienda, es vanagloria,
de quien dice el Apóstol: *Scientia inflat*.
Y la de aquel que trata de venderla
se puede bien llamar torpe ganancia,
como la del que es sabio en mal, malicia
y la del que con ella se alimenta
y toma ejemplo en los ajenos casos
por valerse en los suyos, es prudencia.
Mas la del que con ella agrada y sirve

a Dios, a sí y al prójimo aprovecha
se llama caridad, preciosa prenda:
ella es la celestial sabiduría
que merece buscarse sumamente.

Es un despertador para virtudes,
aljabá de saetas soberanas,
triaca celestial contra los vicios,
templanza de la próspera fortuna,
remedio singular contra la adversa.
Aquellos que se dan a su ejercicio
no suelen mirar tanto lo que saben
como a lo más que por saber les falta.
Las hojas del adelfa son veneno
para el bruto animal, mas para el hombre
importan mucho contra la serpiente.
Y así, al prudente la sabiduría
le da contra los vicios alimento;
mas al hereje, al necio, al malicioso
de mayor impiedad suele ser causa.

HOMENAJE A PORTUGAL

Famosa Lusitania, que en el mundo
retumba el eco de tu fama ilustre
en artes, letras, música, poesía,
altas empresas, religión cristiana
y en cuanto el liberal cielo concede
de buenas influencias a la tierra;
oye con atención de un hijo tuyo
las grandes maravillas y excelencias,
el ánimo invencible y fe constante
en conquistar las celestiales Indias;
y si acertare en algo a celebrarte
(que en todo no es posible a mi talento),
otra paga no quiero y recompensa
más del honor y grata cortesía
que recibí en Coimbra y en Lisboa
y en otras partes de tu ilustre gente.

LA MÚSICA

(San León Papa: II, 332-333)

La música es concordia
de voces diferentes
con arte reducidas a un sujeto,
que no admite discordia
como suelen las gentes
y el alma es su lugar y propio objeto.
El oído discreto
es pasadizo y puerta
por do va su aposento,
que es el entendimiento,
y tanto le regala y le despierta
que no hay cosa en el suelo
que así le manifieste las del cielo.

A todo cuanto vemos
en el mundo criado
se puso peso, número y medida.
Las penas que tenemos
son falsas (bien mirado)
con que se perficiona nuestra vida;
pobreza entristecida
y riqueza que alegra,
estar enfermo o sano,
el invierno y verano
¿qué son, sino figura blanca y negra,

ya apriesa, ya de espacio,
unas en regla y otras en espacio?

El vario movimiento
de planetas contrarios
es longo, breve, mínima, corchea,
mar, tierra, fuego, viento
y cuatro tiempos varios
las cuatro voces son de aquesta dea.
Cuando relampaguea
y discurren cometas,
el aire cuando brama
y el agua que derrama
¿qué son sino bajones y cornetas
y folla de cantores,
tiples, contraltos, bajos y tenores?

El triste aprisionado,
el mísero captivo,
el solo, el afligido, el viandante,
el monje y el soldado,
el manso y el altivo,
el justo, el pecador y el navegante,
el sabio, el ignorante,
el tosco, el cortesano,
el más esquivo y fiero,
el más grave y severo,
el pobre, el rico, el noble y el villano
y todos los mortales
hallan cantando alivio de sus males.

En la suprema gloria
do el sumo bien se encierra
mansiones hay diversas, reservadas
a los que con victoria
se parten desta guerra,
conformes al valor de sus espadas;

las voces acordadas
a todos los oyentes
alegran y regalan,
mas todos no se igualan,
antes son en el gusto diferentes:
que a cada cual suspende
la música, conforme a lo que entiende.

Allá en la empírea cumbre
do *Santo, santo, santo*
los inflamados serafines claman
a la inexhausta lumbre
con sempiterno canto
adoran, sirven, reverencian, aman,
y acá los que se llaman
viadores, militantes
alternan en sus coros
los músicos tesoros
de instrumentos y voces resonantes:
de aquesta Iglesia santa
imita a aquélla, cuando tañe y canta.

El inefable terno
de tres voces iguales,
aunque distintas de única sustancia,
el dúo sempiterno
de dos tan desiguales
cuanta de Dios al hombre es la distancia,
con dulce consonancia,
divino contrapunto
dispone suavemente
los ángeles, la gente
y, siendo letra el hombre, el ángel punto
y el mismo Dios la clave,
ved si será la música suave.

LA CONVERSIÓN DE SAN PEDRO

(San Pedro: II, 349)

Pescando estaba un día en su barquilla
(figura de la Iglesia militante)
cuando Dios le tiró desde la orilla
con flecha de su vista penetrante
diciéndole con voz que el mundo humilla:
—Ven, Pedro, en pos de mí que voy delante
y si pescabas peces de mil nombres,
de hoy más has de pescar millares de hombres.

No parte al palio rojo tan ligero
el gallardo español de aliento raro,
ni va tras de la garza el altanero
neblí tan suelto por el aire raro,
como a la voz del cándido Cordero
que el alma le pasó de claro en claro
el pescador llamado a las mercedes
eterna, desampara barco y redes.

No es mucho, dirá alguno, lo que ha hecho
San Pedro en dar de mano a su pobreza:
¡Mirad qué juros, qué honra, qué provecho,
qué cetro, qué corona, qué grandeza!:
un barco desvalido, ya deshecho,
una red remendada, una estrechez
de vida pobre y miserable trato,
esto dejó, por el eterno plato.

Respóndese a quien esto imaginare
que no es mucho, dejar las posesiones
de acá del mundo, si el que las dejare
deja en el corazón las afecciones:
aquél lo deja todo, que apartare
el alma de deseos y ocasiones
y se niega a sí mismo, porque el punto
está en dejarse a sí, que es todo junto.

EL SIETE

(Los Siete Hermanos Mártires: III, 13)

Entre las cosas que con bello adorno
ilustran más la fábrica mundana
son los siete planetas que en contorno
girando importan a la vida humana:
tiene también la Iglesia, que el retorno
al cielo paga de virtud cristiana,
otros siete planetas soberanos,
que son los siete mártires hermanos.

El número de siete es admirable
y lleno de admirables perfecciones:
proceden del Espíritu inefable
para las almas justas siete dones
y, cual de sacra fuente memorable,
del *Pater noster* siete peticiones
y de siete virtudes en concordia
las obras siete de misericordia.

Son siete los divinos sacramentos
que la tierra y el cielo tanto precia;
siete los sabios de altos documentos
que la memoria ilustran hoy de Grecia;
siete las liberales que en talento
exceden al tesoro de Venecia;
siete semanas de cuaresma, y siete
días que la semana da y promete.

El mayor de los cuatro pregoneros
en tal número vio cosas secretas:
ángeles, tazas, cuernos, candeleros,
estrellas, plagas, sellos y trompetas,
diademas, truenos, ojos y luceros,
lámparas, montes, cítaras perfectas
y reyes, con lo cual lo revelado
a siete iglesias de Asia lo ha enviado.

Siete veces en alto levantada
a siete horas canónicas se vía
la de quien la palabra humanizada
lanzó siete demonios que tenía;
siete mil nombres se volvieron nada
de un terremoto visto en profecía;
siete y setenta veces culpa y penas
se perdonan, y pagan las setenas.

Las siete hembras de un varón guardadas
y del mundo las siete maravillas
y aquellas siete lumbres que llamadas
son en nombre vulgar siete Cabrillas,
siete Partidas, siete Fortunadas,
siete Infantes de Lara en las Castillas,
las siete espigas y las siete vacas
que vido Faraón, gruesas y flacas.

También hay siete de estupendos males:
siete gargantas de la hidra fiera
y las siete cabezas infernales
de la brincante bestia, gran chimera;
los matasiete turcos capitales,
los siete de Bilhan en la primera
y, por pararse en guasto, nos consuela
con sus órdenes siete, la vihuela.

Sacratísima Virgen, cuyo pecho
pasaron siete puntas doloridas
y, siendo el Padre eterno satisfecho
de las siete palabras dél oídas,
en otros siete gozos de derecho
fueron las siete angustias convertidas,
no despreciéis, Señora, este billete,
mas dad favor al canto de los Siete.

ESPAÑA MILITANTE

(Santiago el Mayor, I. III, 80-81)

No estés ufana en ser de plata y oro,
felice España, fértil y abundante;
no en ser progenitora del tesoro
de las letras y el ánimo constante;
no en asombrar el turco, el persa, el moro,
las bárbaras naciones de Levante;
no en producir personas señaladas
ni en conquistar provincias apartadas.

No estriba en esto tu dichoso estado
ni en otros dones de tu claro cielo:
¿Sabes en qué consiste el gran ditado?
En la cristiana fe y su santo celo;
por ésta puede bienaventurado
llamarse siempre tu dichoso suelo,
pues en tu seno tiene albergó y nido
la que en tantas provincias la ha perdido.

Estando los Apóstoles un día
ufanos de sus obras milagrosas,
diciendo que el demonio les temía,
con otras maravillas prodigiosas,
que no se gloriasen les decía
el Redentor del mundo en estas cosas,
sino en tener sus nombres inauditos
allá en el libro de la vida escritos.

Desta manera, gloriosa España,
aunque de mucho puedes gloriarte,
no está en eso el valor que te acompaña,
sino en tener la fe por estandarte:
por ésta la provincia más extraña
y todo el orbe teme de enojarte;
por ésta de tu nombre tiembla el mundo
y el cavernoso Tártaro profundo.

Agradécelo a Dios, de cuya mano
procede toda gracia, toda gloria
y después dél, al Príncipe cristiano
Filipo, digno de inmortal memoria,
porque con su gobierno soberano
con su justicia y su piedad notoria
estás asegurada y defendida
de todos los peligros desta vida.

Este gran rey decora tu terreno
con veinte y dos insignes fortalezas
cuyos fuertes alcaldes ponen freno
a todas las tartáricas bravezas
y con temor del malo, honor del bueno,
castigan las malicias y simplezas
de heréticas palabras y opiniones,
que son las veinte y dos Inquisiciones.

De la imperial Toledo es la primera,
de la real Sevilla la segunda,
de Córdoba la ilustre la tercera,
la cuarta de Granada la fecunda;
también en Calahorra la bandera
de la sagrada Inquisición se funda
y margaritas son desta corona
Zaragoza, Valencia, Barcelona.

También Valladolid, aventajada
después del gran incendio, en edificio,
Cuenca, Murcia, Llerena celebrada
en mucha antigüedad del Santo Oficio;

en Galicia asimismo está fundada
torre deste santísimo ejercicio,
en Évora, en Coimbra, en Ulisipo,
que ya la Lusitania es de Filipo.

También Sicilia en esta viva peña
de la importante Inquisición estriba,
y Gran Canaria en pública reseña
los adversarios de la fe derriba;
las islas de Mallorca y de Cerdeña
y el gran reino que fue de Atabaliba;
y la postrera desta heroica suma
es la ciudad que fue de Montezuma.

Sobre estas fortalezas de importancia
está la general torre suprema
fundada sobre altísima constancia,
cubierta de católica diadema,
de cuya soberana vigilancia,
resplandeciente luz, virtud extrema,
procede a las demás la fuerza, el brío,
el cristiano valor, el poderío.

Éstos, pues, son los célebres castillos
de la fe verdadera defensores,
que con hábitos rojos y amarillos
castigan los heréticos errores
y a los pechos católicos sencillos
de la verdad cristiana celadores
les dan el justo premio, honor debido
de la virtud heroica merecido.

Pues, si en el mundo es digno de memoria
el fundador de una ciudad terrena
y luego es celebrado en larga historia
el inventor de alguna cosa buena,
¿qué premio le dará, qué honor, qué gloria,
Felice España de virtudes llena,
al que fue de la fe que aquí refiero
en tus provincias fundador primero?

Razón será que su memoria sea
en todo tu distrito eternizada
y que en aqueste santoral se lea
(aunque con débil pluma) celebrada.
Pues alto, España, porque el mundo vea
que puedes en la fe más que en la espada,
dame atentos oídos entretanto
que de tu caballero ilustre canto.

Oiganme los magnánimos guerreros
que ponen freno al bárbaro despecho,
y en especial aquellos caballeros
que adornan de su insignia roja el pecho:
verán que los blasones verdaderos
se alcanzan imitando en dicho y hecho
al español caudillo Santiago,
gran celador del agareno estrago.

Reina del cielo, pues el parentesco,
su fe y amor (que importa más) es tanto
pues entendéis la falta que padezco
y el gran merecimiento deste santo
y aunque, Señora, yo no lo merezco,
dadme vuestro favor en este canto,
para escribir las ínclitas hazañas
del sagrado Patrón de las Españas.

EL CID CAMPEADOR

(Santiago el Mayor, II. III, 89)

Cuéntasenos del Cid, honra de España
y luz de la nobleza de Castilla,
entre sus extrañezas, una extraña
que las demás (por ser tan alta) humilla;
y es aquella rarísima hazaña
que todo el orbe asombra y maravilla,
de salir y vencer en campo abierto
tanta gente infiel, después de muerto.

Su cuerpo entero, fresco, embalsamado,
casi del mismo ser que antes tenía,
encima del Babieca el afamado
la castellana gente le ponía,
el brazo con la espada levantado,
que más vivo que muerto parecía,
esparcida la barba sobre el pecho,
firme en la silla, yerto y muy derecho.

En conociendo el bravo personaje,
daba en huir la bárbara canalla,
que siempre reconoce vasallaje
al miedo, al que una vez se le avasalla:
con este nuevo ardid, nuevo lenguaje,
venció Castilla más de una batalla,
siendo el valor del Cid tan excesivo
que más se señaló muerto que vivo.

LA CATEDRAL DE SANTA ANA

(Santa Ana: III, 105)

Y sobre todas Gran Canaria puede
llamarse siempre bien afortunada,
pues a Santa Ana el cielo le concede
por titular patrona y abogada,
donde en iglesia catedral que excede
a muchas que lo son, es venerada,
cuyo servicio, pompa y aparato
del gran templo Hispalense es un retrato.

Ha sido aquella iglesia venturosa,
demás de otras grandezas y blasones,
en haberse otorgado por esposa
de sabios y clarísimos varones:
hanla ilustrado y puesto más hermosa
Deza, Torres y Alzólaras, con dones
de estima, Vela, Rueda, Figueroa,
Martínez y Velasco de gran loa.

Y, demás de pastores afamados
do el valor esparcido se vio junto,
también ha sido próspera en ganados
que del Cordero guardan el trasunto,
resplandeciendo en ella prebendados
donde se vio y se ve puesta en su punto
virtud, ejemplo, letras, hidalguía,
música, discreción y cortesía.

LA CONVERSACIÓN

Es la conversación en esta vida
dulce entretenimiento
para templar las pesadumbres della;
es una gustosísima comida,
que al alma da sustento
si la conversación y el alma es bella;
es celestial centella
que en los dispuestos corazones prende,
y tanto los enciende,
que llega el resplandor al cielo sumo,
y el fuego se descubre por el humo.

Si dos o tres se juntan en su nombre,
en medio dellos puesto
dicen que asiste el Salvador del mundo;
notad el felicísimo renombre
del conversar honesto,
y del amor de Cristo el mar profundo;
¡oh, corazón inundo!
¡Cuán caro que te cuesta un vil pecado,
pues pierdes de tu grado
tesoros tan insólitos y tantos
de conversar con Dios y con sus santos!

¿Qué regocijo, qué tesoro o fiesta,
qué próspera fortuna
tendrá valor si no es comunicada?

Pues la conversación que excede a ésta
como el sol a la luna,
de quién como es razón será cantada?
¡Oh, soledad sagrada,
conversación de santos y discretos!
Son tales sus efectos,
que no hay conversación acá en la tierra
que iguale en punto a la que en ti se encierra.

La flor, la fuente, el pájaro, la planta,
el regalado viento,
la quietud, el silencio y cada cosa
parece que el espíritu levanta,
y con suave aliento
hace conversación dulce, amorosa;
el alma deseosa
de alta contemplación allí la halla;
ninguna cosa calla,
que todo la convida, anima, exhorta
a contemplar el bien que más importa.

Comunícase a todas las criaturas
el gran Dios por esencia
sin que a ninguna falte ni se ausente,
y allá se comunica en las alturas
por gloria y por presencia
a los que gozan dél eternamente,
y por gracia a la gente
que sabe acá servirle, otra más alta
comunicación falta,
que es la unión hipostática, admirable;
ved si el inmenso Dios es conversable.

LAS GRANDEZAS DE NIVARIA

(Nuestra Señora de las Nieves: III, 152-154)

Yace en el gremio (Consistorio santo)
del Atlántico mar, al occidente,
la mayor de las ínsulas Canarias
que, a la sombra del trópico del Cancro
(cuya figura todas siete abraza
y aun ellas entre sí casi la forman),
se van del este a oeste una tras otra
en casi igual distancia descubriendo.
Yace, pues, la mayor en medio dellas,
que en esto imita con excelso nombre
a tu virtud y al corazón humano,
y en los tres promontorios a Sicilia
y en la fertilidad a Cipro y Candia
y en el temple y algunas calidades
con lo mejor de nuestra España frisa.

De quatro cosas puede ser loada
entre todas las islas. La primera
es aquella pirámide famosa
que hace ultraje a las más altas nubes,
a quien se rinde Atlante, Olimpo y Osa.
De casi ochenta leguas de distancia
descubren los atentos navegantes
la cumbre del altísimo coloso
do se quiso extremar naturaleza.

Tiene de rueda por do el mar la ciñe
algunas ocho leguas, cuatro en alto.
En él se ven cavernas cristalinas
do en abundancia hay piedras congeladas
que exceden los diamantes de la roca.
Y, aunque muestra el remate puntiagudo
en él, la poca gente que allá sube
descubre una redonda y ancha plaza
que exhala en muchas partes fuego y humo
y de sulfúrea piedra copia grande.

Es la segunda memorable loa
la gran fertilidad de Baco y Ceres
que pone gran silencio a Creta y Xío
y a todas las demás islas famosas
que en el Mediterráneo se celebran.

La calidad tercera y de más lustre
es ser de gente ilustre aquesta tierra
poblada, en paz y en guerra valerosa,
discreta, caudalosa y de alto brío
que en primavera, estío, otoño, invierno
con ánimo y gobierno vive y pasa,
sin entrar en su casa el ocio blando,
que al honor venerando es enemigo.
El pueblo es siempre amigo de cuidado
y de estar ocupado en su hacienda,
que el trabajo es prebenda honrada y rica
que al pobre califica y le sustenta
y preserva de afrenta y de vileza.

La cuarta es de grandeza incomparable:
la imagen admirable, sacrosanta
que a nuestra Reina santa representa,
cuyo pecho alimenta en de Dios hombre,
cuyo excelso nombre es Candelaria.
Por ella es la Nivaria conocida
con fama esclarecida en toda parte

y por ella reparte el alto cielo
en su dichoso suelo tantos dones
y tantas perfecciones a las almas;
por ella tantas palmas se han ganado
y se goza un estado tan jocundo,
como la fama esparce en todo el mundo.

Pues, viniendo al propósito del caso,
que es la sagrada fiesta de las Nieves
que derramó en agosto nuestra Reina,
siempre las hay en la sublime altura
del sacro Teyda (que este nombre tiene),
que en las grutas y quiebras todo el año
intacta, pura y blanca se conserva;
de do la isla se llamó Nivaria,
no sin alto misterio, porque había
de estar en ella la sagrada imagen
de la que por blasón tiene la nieve;
y también la llamaron Nebulosa,
por el usado toldo de las nieblas,
y al presente se llama Tenerife:
nombre que le pusieron los palmeses,
que con el de Nivaria viene a cuento,
porque en su lengua *tener* dice "nieve"
y *fe*, lo mismo que encumbrado "monte".
Y es de considerar que otra ninguna
isla quiso escoger la santa imagen,
sino la que de nieve siempre abunda.
Y otro misterio grande, que, pasando
junto a la Candelaria de ordinario
armadas de enemigos, nunca han puesto
el pie atrevido en la felice arena.

.....
.....

Fue la Nivaria, en tiempos de gentiles,
de reyes varoniles poseída
y dellos bien regida y gobernada,

cuanto la guerra usada y odio alterno
dio lugar al gobierno de las leyes.
Entre todos los reyes más decoro
tenía el de Taoro, y más grandeza
y en ánimo, destreza y valentía
a todos excedía aquéste, cuando
pareció el venerando sacro bulto
que en Güímar en oculto albergo estaba,
cuyo rey le estimaba por divino.
Con otros reyes vino a visitarle,
y, queriendo llevarle su gentalla
(que en tela de batalla bien pudiera),
su rey, de otra manera esto sintiendo,
se lo estorbó, diciendo ser injusto
que, habiendo el cielo justo en el estado
del rey de Güímar dado este tesoro
para que con decoro allí estuviese,
ninguno pretendiese enajenarle
ni de allí trasladarle en otra parte.
Y así, fue mucha parte, con sus modos,
de que ofreciesen todos a la imagen
y a visitarla bajen de las cumbres,
do andaba de sus lumbres rodeada;
juntóse una manada numerosa
de ovejas a la hermosa imagen dadas,
que, de blancas, nevadas parecían.

Un profeta tenían, que afirmaba
y les profetizaba grandes cosas;
y una de las famosas y más graves,
que de unas blancas aves salteada
sería, y conquistada aquella tierra
y vencidos en guerra tantos bríos:
que fueron los navíos que trajeron
las gentes que vencieron a Nivaria.
De cuya extraordinaria antigua pompa
que la sonora trompa de la fama
por el orbe derrama, aquí no puedo

cantar, ni el santo enredo da licencia;
diré la excelencia que ahora tiene,
la majestad solemne de los templos,
soberanos ejemplos virtuosos
del clero y religiosos los conventos,
los altos pensamientos monacales,
vislumbres celestiales de alta gloria,
la gente senatoria generosa,
discreta, valerosa, de alta fama.

En figura de dama rica y bella
salió como una estrella rutilante
la Nivaria triunfante. Iba vestida
de tela enriquecida en oro y plata
que, como siembra y trata, coge y viste.
Alegre está, y no triste, su semblante;
arandela y turbante al nuevo estilo,
todo de arabio hilo y finas perlas,
que sabe merecerlas y buscarlas.
A sus damas llevarlas este día
quiso en su compañía, y todas ellas
iban ricas y bellas a su diestra.

Salió con rica muestra La Laguna,
que en próspera fortuna se extremaba,
y la noble Orotava a la otra mano,
con talle cortesano. Aquélla, ufana
de ser princesa llana, en firme asiento,
con grato movimiento y rico adorno,
de montes en contorno rodeada,
de mieses coronada y de parrales,
lindas calles iguales y salidas
a su tiempo floridas, templos, casas,
está firme en sus basas de nobleza
aparato, riqueza y edificios,
caballos, ejercicios, aguas frías,
damas y cortesías, aunque desto
en La Laguna el resto el cielo envida.

Luego la esclarecida en puerto, en trato
y en bélico aparato del castillo,
Santa Cruz, de amarillo y blanco traje;
y luego, en el ropa extraordinaria,
se mostró Candelaria alegre y bella,
por la divina estrella que atesora,
que del cielo es señora y de la tierra,
y porque tiene en guerra buena gente,
atrevida, valiente y muy ligera
y por la miel y cera, pan y caza
de que abunda la plaza de ordinario.
Al bélico adversario Taganana
con piedra y dardo gana los despojos
y, así, muestran sus ojos gran contento.

El acompañamiento sigue Abona
con nevada corona que en ganado,
en caza, pan ganado, linda fruta
se muestra resoluta, y sus membrillos
son grandes, amarillos y de fama
y Villafior se llama en otro nombre,
por el alto renombre que de bella
tuvo un guanche en ella celebrada.

De parras coronada iba contenta
La Rambla y libre, exenta, La Matanza;
vestida de esperanza Buenavista;
y Adeje en esta lista no se olvide,
ni aquella que despide cristal puro
Fuente Obispa, seguro alojamiento
al que busca contento regalado,
y Tejina a su lado va postrera.

Con famosa bandera en la vanguardia
iba gente gallarda, antigua y nueva,
que la conduce y lleva un joven rico
llamado Garachico, en cuyo puerto
se ve siempre cubierto el mar de naves,

por los vinos suaves que produce:
acá y allá reluce en plata y oro
y es bien que a su tesoro se acomode.

Tras él se muestra Icode, rico en vinos
y de sus teosos pinos coronado
junto al Teide nevado, cuyos hombres,
gallardos gentilhombres y mujeres,
de lindos pareceres siempre han sido.
Luego a cual más lucido, Los Realejos,
en pan y vino espejos; luego el monte
Sauzal y Tacoronte con Centejo;
Tegueste nuevo y viejo, albergue ameno,
y luego Güímar, lleno de agua clara
y de arboleda rara y peregrina;
San Juan a la marina, Arafo y Daute
que con mucho resplante (como él dice)
quiere que se autorice la gran fiesta.

Mostróse, pues, con esta extraordinaria
majestad la Nivaria, sobre un carro
de nieve, con bizarro y rico aseo.
Llevaba por trofeo sobre el pecho
la imagen que la ha hecho tan dichosa;
y en la majestuosa y gran capilla
al senado se humilla y, colocada
en la silla dorada prevenida,
cantó la esclarecida y alta gloria
de la nevada historia, al modo vario
que la escribió el canónigo canario.

* * *

Aquella voluntad pura y honesta,
princesa de los ángeles, María
que en mí de celebrar la ilustre fiesta
de tu cándida nieve estar solía,
a pesar de la edad y nieve opuesta

que por sus asperezas me desvía,
está y estará en mí tan enlazada
cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y no pienso que estoy, Reina del cielo,
obligado a cantarte sólo en vida,
que con la lengua muerta y hecha un hielo
se moverá la voz a ti debida:
libre mi alma del corpóreo velo
por la región celeste conducida,
cantando irá tu celestial divisa,
adonde yo canté la primer misa:

Con las cinco palabras a mis manos
allí bajó el eterno Rey piadoso;
alzar le vio con ojos soberanos
de Mateo y María el par famoso
y viéronle sus hijos, mis hermanos
Constantín, Serafín, Félix brioso,
Constantina, Alejandra, damas bellas
que en virtud y beldad han sido estrellas.

Mas ¿dónde me lleváis, dulces memorias,
dulces y alegres cuando Dios quería?
Mucho pueden pretéritas victorias
en una remontada fantasía.

HONRAS DEL REY DON FELIPE SEGUNDO EN LA CATEDRAL DE LA ISLA DE CANARIA

(San Laurencio: III, 183-190)

Canto la funeral pompa lúgubre
que todo el orbe cubre de lamento
y el sacro monumento suntuoso
que en tono lacrimoso y pena varia
levantó Gran Canaria el gran monarca
Filipo, que en la barca militante
fue el supremo almirante diligente,
del Piloto clemente regalado,
del mundo tan amado y tan temido,
del cielo recebido con gran fiesta,
donde estaba repuesta su corona.

O sacra Musa, entona el triste canto
y de funeral manto te adereza;
y adorne tu cabeza toca negra,
Canaria, y la que alegra seda y oro
se vuelva en luto y lloro, pues el hombre
falta de mayor nombre que en la tierra
en la paz y en la guerra ciñó espada.

La reina Afortunada, entristecida
de ver su rey sin vida, alzó los ojos

con húmidos despojos dando queja,
las doradas madejas ofendiendo,
endechas componiendo y epigramas.
Sintiólo el gran Doramas y sus fuentes,
sus verdes eminentes chapiteles,
sus palmas y laureles a la gloria
de la ciencia y victoria consagrados,
vestidos y adornados por de fuera
de yedra y gilbarbera, que en la hoja
tiene la fruta roja, y sus lozanos
frondosos barbuzaños, verdes tilos
do no se admiten viles pensamientos,
mas heroicos intentos y altas pruebas.
Sintiéronlo las cuevas consagradas
a las ninfas sagradas de Diana,
la trinca soberana de las diosas
discretas y hermosas y supremas,
trocando las diademas y guirnaldas,
las perlas, esmeraldas y diamantes,
arandelas, turbantes y recamos,
las divisas y ramos y plumajes,
bordados y follajes, en tristeza,
en luto, en aspereza y sentimiento.

Sintiólo en su aposento el gran Neptuno
y Nereo y Portuno y Melicerta
y en la playa diserta y arenosa ,
en voz triste y llorosa las querellas
de las nereidas bellas resonaron,
los montes retumbaron y los vientos
los últimos acentos repitieron.
Y también lo sintieron ambos polos
que dicen están solos sin Filipo;
y del gran Ulisipo en voz sonora
al reino de la Aurora el llanto suena
y de la rica arena y blanca orilla
de la ilustre Sevilla a Magallanes
con funestos afanes y clamores

las virtudes mayores se lamentan
y es justo que lo sientan de una en una,
pues era su columna y fundamento.

Trazó en su parlamento, pues, Canaria
la pompa extraordinaria y el templo
de la que, dando ejemplo a gente pía,
en tres partes partía sus tesoros.
Hizo entre los dos coros su teatro
sobre columnas cuatro principales,
las cuatro cardinales figurando,
del gran rey venerando veneradas;
y en medio, sobre gradas y escalones
siete, a los siete dones aludiendo,
estaba presidiendo la gran tumba
que en el orbe retumba en alto grado,
cubierta de brocado de tres altos;
y aquel, en los asaltos glorioso,
estoque valeroso estaba encima,
y aquella, cuya estima es sin segundo,
corona en todo el mundo respetada,
sobre rica almohada aquél y aquésta.
En alto estaba puesta con gran lustre
la pirámide ilustre que excedía
las que en el Cairo hoy día se levantan,
que tanto nos espantan, donde ahora
el polvo se atesora, y los trofeos
de aquellos Tolomeos, y es notorio
que llegaba al cimborio su alta punta,
do estaba con él junta en el remate,
cubierta de oro y mate, una corona
con que se perficiona el edificio.
Al alto sacrificio centellean
y callando vocean diligentes
mil estrellas lucientes dentro y fuera,
en amarilla cera alimentadas,
al curso comparadas de la vida
que, del tiempo ofendida, toda es guerra.

Como desde la tierra, cuando el cielo
desdobla el negro velo, se ven varias
fulgentes luminarias en su esfera,
de magnitud primera y de segunda
y de todas abunda el firmamento,
así del pavimento a la alta cumbre
con diferentes lumbres, claras, bellas,
se muestran mil estrellas encendidas.
Las armas esculpidas con gran arte
se ven a cada parte fulminando,
la muerte amenazando, su enemiga
que tanto las fatiga y entristece:
los castillos parece que se inflaman
y parece que braman los leones
y que los eslabones inmortales
tocan los pedernales y se aíran
y las quinas suspiran y las flores
de lis muestran rigores, y Granada
revienta de enojada, y con las garras
las águilas bizarras, por vengarse,
desean afrontarse con la muerte,
y de la misma suerte está enojado
el carnero dorato y resolutos.

Ya el gran pastor con luto rozagante
y el provisor delante, a quien el cielo
cuantos bienes al suelo dio, le ha dado,
de su albergue sagrado va saliendo;
ya en paso reverendo y con decoro
en uno y otro coro dividido,
por el suelo esparcido el negro manto,
con un silencio santo va el colegio
al monumento regio. Ya la santa
Inquisición la planta mesurada
con majestad sagrada al suelo ofrece,
que apenas se parece con las faldas
que a todas las espaldas se divisan.
Ya del gran templo pisan los umbrales

con muchos oficiales enlutados
los dos del cielo amados y la tierra
por la virtud que encierra y valor tanto
su pecho ilustre y santo y alta ciencia.

Ya la Real Audiencia poderosa,
justísima, y piadosa si conviene,
con majestad solemne, a paso lento,
gran acompañamiento y grave luto,
el debido tributo va pagando,
quien es representando y lo que debe
en esta vida breve, quien le ha dado
el Regio Consulado merecido
regente esclarecido y tres oidores,
ilustres defensores de lo justo,
con quien el ruego, el gusto, el odio es vano,
el interés humano y la amicitia.

Ya muestra la Justicia y Regimiento
el justo sentimiento en el semblante,
los araldos delante y los maceros
y como caballeros y leales
las obsequias reales ministrando
se van acomodando a la siniestra,
porque la parte diestra es preeminencia
que concede a la Audiencia el obelisco.
Ya Domingo y Francisco, dos pilares
del templo y sus altares, uno hispano
y el otro italiano, han enviado
sus hijos al sagrado monumento.
Virtud y entendimiento resplandece
en ellos, que merece más alteza
de la que mi pobreza darles puede.
Y porque nada quede entre las ramas,
negro llevan las damas el volante,
la blanca mano el guante cudicioso,
el corpiño celoso cubre el pecho,
ni el cuello a torno hecho se desvela,

ni parece arandela o ramillete,
no se encrespa el copete de oro arabio,
ni muestra el rojo labio dulce risa;
verde o blanca divisa no parece
ni el oro resplandece ni el argento,
que todo es sentimiento, todo es llanto.

En esto el sacro canto ya se entona
Requiem aeternam dona ei diciendo,
perpetua luz pidiendo al Rey supremo
con el músico extremo de Vitoria,
de España honor y gloria; y, porque en todo
fuese extremado el modo y aparato,
con pontificio ornato, sacra pompa
digna de clara trompa, ha celebrado
la misma el gran prelado. Ya se acusa
(¡ahora es tiempo, Musa!); ya saluda
las almas; ya se muda; ya se sienta,
y en todo representa el alto oficio
y eterno sacrificio que celebra,
do el cielo se requiebra con el suelo
y el suelo hasta el cielo se levanta.

Ya la carta se canta, que el Tarsense
al Tesalonicense pueblo escribe,
do la Iglesia recibe por muy cierto
que ha de cobrar el muerto nueva vida.
Y, siendo referida aquesta carta,
de la piadosa Marta se recita
la plática bendita en tono claro
que con el *Verbum caro* tuvo cuando
resucitó mandado al cuarto día
al que muerto yacía. Ya la nube
del sacro incienso sube al cielo santo
con vacilante humo; ya entre humanos
inocentes las manos purifica,
la hostia santifica y cáliz mixto
de la Pasión de Cristo, y pronunciando

sobre el pan venerando con voz baja
cinco palabras, baja el Rey divino
del consistorio trino. Ya levanta
la hostia sacrosanta, do la historia
de tan alta memoria se atesora,
y todo el pueblo adora el *Verbum caro*
y el cáliz tan preclaro, donde el vino
se vuelve humor sanguino, bendiciendo,
le alzó también, diciendo lo que dijo
después que le bendijo el Rey de gloria:
Haced en mi memoria siempre aquesto.
Y celebrando el resto de la misa
con sagrada precisa reverencia,
ceremonia, decencia grave y santa,
el diácono canta deste modo,
en voz que al pueblo todo satisface:
Requiescat in pace; y con sonoro
Amen responde el coro, y entretanto
que con funesto canto los cantores
y con tristes clamores que levantan,
Ne recorderis cantan, el prelado,
el túbulo sagrado rodeando,
le va turificando en paso grave.
El puro olor suave sube al cielo,
donde con santo celo y alma pía
el gran pastor le envía; el cual, subiendo
al púlpito y abriendo en él sus labios,
mostró que los más sabios y eminentes
serán harto excelentes si le igualan,
y aquél a quien señalan con el dedo
Platón tuviera miedo en su presencia.
Probó con alta ciencia y modos varios
que pueden dos contrarios privativos
(tiniebla y lumbré; vivos y difuntos)
en un sujeto juntos hermanarse,
vida y muerte juntarse y verse unidas.
Propuso que hay tres vidas y tres muertes,
autoridades fuertes y exquisitas,

preciosas margaritas derramando,
los doctos admirando la doctrina,
la memoria divina y el torrente.
Dijo, cómo en su mente Dios lo escribe:
Bien muere el que bien vive, y buena vida
es la que está rendida a ley cristiana.
Probó con soberana inteligencia,
y casi fue evidencia que se había
salvado el alma pía del Rey nuestro;
y en fin, como maestro soberano
y caudillo cristiano sabio y fuerte,
dando a la fiera muerte un fiero asalto,
hizo un sermón tan alto y peregrino,
que tiene de divino excelso nombre
el gran Martínez, hombre preeminente.

Con esto finalmente acabo, y digo
que el silencio enemigo de alboroto,
el ánimo devoto y buen gobierno
y el sentimiento tierno de las gentes
fueron los presidentes este día,
sin que hubiese porfía ni bayeta,
ni pasión inquieta que ofendiese,
ni quien interrumpiese el grave oficio
con inquietud, bullicio ni otra cosa,
que fue maravillosa providencia.
En fin, con la licencia acostumbrada
la Musa afortunada de diversos
poetas dio a la tumba varios versos.

MUERTE DE SAN MARTÍN

(San Martín: IV, 120-121)

Siendo el ochenta y uno ya pasado,
habiendo dado al mundo gran combate
y jaque y mate al rey del negro estado
y atropellado el sensual dislate,
fue de remate del juez citado:
y el gran soldado y capitán magnate
tocó a rebate el escuadrón diviso
y dióle aviso de su fin preciso.

Enarcan los discípulos las cejas
y las perplejas entonadas voces
suben veloces con las tristes quejas:
—¿Dónde te alejas? van diciendo a voces.
¿Ya desconoces (dicen) tus ovejas?
¿Así las dejas? ¿No ves los atroces
lobos feroces? ¿Quién tendrá cuidado
deste ganado, si se va su amado?

Oyendo San Martín el triste duelo
que alzaba el vuelo con lamento vario,
de extraordinario llanto roto el velo,
con alto celo dijo este sumario:
—Si necesario soy, Señor del cielo,
en este suelo, yo no soy contrario
al voluntario gusto que os recrea
cumplida sea en todo vuestra idea.

¡Oh, inefable varón esclarecido,
jamás vencido por trabajo o pena,
que ni enajena un punto tu sentido
el fin temido, ni el vivir te pena:
pues vas de buena gana al patrio nido,
do el merecido premio Dios te ordena
y en la cadena desta vida humana
quedas de gana, oh alma soberana!

La calentura crece, el fin le llama;
la blanda cama es áspero cilicio;
el ejercicio, la oración que ama;
inútil llama el regalado oficio;
el cinericio suelo es su honra y fama:
allí se inflama y hace sacrificio
y en gran servicio a Dios da su alma y vida,
en la partida de otros tan temida.

Y, viéndole de espaldas acostado
y fatigado así, ruéganle quiera
estar siquiera un punto de algún lado;
mas él, cuidado en la final carrera,
desta manera dice: —Más de grado
y acomodado estoy; que a quien espera
a la alta esfera levantar el vuelo
es gran consuelo estar mirando el cielo.

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

(Santa Catalina: IV, 159-162)

La belleza, la edad, el rico adorno,
linaje, herencia, discreción subida
en toda la ciudad y su contorno
dieron tan grande y súbita estampida,
que mil reyes y príncipes en torno,
gastando en vano suspirar la vida
por ser tan bella, rica y generosa,
la piden a sus padres por esposa.

Que al fin, como la gracia y la belleza
la voluntad captiva entre la gente
y como es gran negocio la riqueza
para poder vivir honrosamente
y el gran linaje (aunque éste y la agudeza
de ingenio no es moneda tan corriente),
por cualquier cosa destas codiciada
era la que era en todas extremada.

La cual por natural filosofía,
en la que estaba en extremo ejercitada,
aunque gentil, por opinión tenía
que era mejor ser virgen que casada;
y con muchas palabras siendo un día
del padre y de la madre importunada
que escogiese marido a su intento,
así desbarató su pensamiento:

—Para ser acertado el matrimonio,
ha de ser voluntario y entre iguales;
en mí se muestra claro el testimonio
de bienes de fortuna y naturaleza
y, demás del linaje y patrimonio,
he adquirido las artes liberales:
quien me igualare en todo lo que digo
dignamente podrá casar conmigo.

Usó de aqueste término discreto
por dar un medio con su ingenio raro,
que a quien se debe natural respeto
no es justo decir *no*, desnudo y claro;
ni fue con arrogancia este decreto,
antes quiso tomarlo por amparo
del virginal motivo en que la había
puesto el extremo de filosofía.

¡Cuán diferente desto es lo que ahora
se trata entre las damas; pues tan pocas
pueden sufrir el dilatar la hora,
como se ve en la lista de sus tocas,
si no es la que por otro amante llora!
Y algunas hay, no sé si diga locas,
que no pueden sufrirse y esperarse,
porque ellas se anticipan a casarse.

Mas ¿adónde me voy? ¿Qué es lo que digo?
¿Qué libertad es ésta, qué extrañeza?
Bien merece mi pluma un gran castigo
si se ofendió la femenil pureza.
¡Pluma atrevida, no os burléis conmigo!
Porque más es malicia que simpleza,
estar cantando santas, y a deshoras
venir a discantar de pecadoras.

En tanto ya la Majestad eterna
del que con absoluto poderío
todo lo ordena, manda y lo gobierna,
abismo, cielo y tierra a su albedrío,
con larga mano regalada y tierna
comenzaba a tejer en el umbrío
jardín del sacro Olimpo tres coronas
que desta esposa suya fuesen donas.

La cual en medio del silencio mudo
de la nocturna sombra al mundo dada
por alivio, descuento y por escudo
de la fragilidad nuestra cansada,
presa del blando, soñolento nudo
sobre una alfombra tiria reclinada,
le fue divinamente manifiesta
una visión extraña, que fue aquésta:

El Sol divino en brazos de la Estrella
verle parece, y en efecto vía;
y enamoróle tanto su luz bella
que acá y allá (por verle) se volvía;
mas el hermoso Niño, por no vella,
en el materno pecho se abscondía
y cuanto más ansioso le buscaba,
tanto en niño Jesús la desdeñaba.

La soberana Virgen palestina
le dijo: —Eterno Dios y hijo mío,
mirad esta doncella alejandrina;
no la tratéis así, con tal desvío;
¿no veis su hermosura peregrina,
su gracia, discreción, su gala y brío?
Dadle vuestros dulcísimos favores
que está, por vuestro amor, muerta de amores.

—Bien sabéis vos, mi dulce madre, cuántas
doncellas (dice el Niño), más hermosas
que aquésta, más discretas y más santas
andan en mi jardín cogiendo rosas.
No pueden a mis ojos tales plantas
ser agradables, dulces o graciosas:
y ésa que me mostráis, tan alabada,
porque no se bautiza no me agrada.

Cual simple pastorcilla que, saliendo
del patrio nido y rústica morada,
en el real palacio entrando y viendo
las excelencias dél, queda espantada
y, a su aldea selvática volviendo,
no acierta a referirlo de turbada,
tal despertó de la visión divina
la embelesada virgen Caterina.

La cual, viendo romper el pecho tierno
con desusada flecha soberana
y que no mereció del Niño eterno
ver el semblante, por no ser cristiana,
con la velocidad y amor interno
que va el ciervo herido a la fontana
se bautizó, quedando en el bautismo
cual cielo diferente del abismo.

Al virginal Esposo agradó tanto
de la casta doncella el alto hecho
que al mismo punto, lleno de amor santo
quedó por ella su sagrado pecho;
y por vestirla de purpúreo manto
allá en la cumbre del dorado techo,
le envió del empíreo trono un paje
llamado Inspiración, con un mensaje.

Por la región del aire tan ligera
partió jamás errática cometa,
ni el rubio bronce, basilisco, esfera
la bala despidió, ni arco saeta
con tal velocidad ni tan ligera
cual descendió la angélica estafeta
el aire dividiendo en su elemento
con dulce regalado movimiento.

O, que me olvidaba: Al mismo instante
que se volvió cristiana Caterina,
el príncipe Luzbel, que era su amante,
derramando ponzoña serpentina,
ambicioso, superbo y arrogante,
lleno de celo y rabia repentina
le envió, por mudarla, un gran presente,
con un billete del tenor siguiente:

—Ingrata, desleal, falsa, perjura,
quebrantadora de la fe jurada
¿es ésta la palabra tan segura
a mis dioses y a mí mil veces dada?
¿No ves que tanta gracia y hermosura
se puede decir mal empleada,
si se deja secar la sazón verde,
pues no se cobra el tiempo que se pierde?

Andaba yo por ti adornando el mundo
de bríos, esperanzas y de galas,
ocupando en su círculo rotundo
de la fama las lenguas y las alas,
poniendo fuego al pecho furibundo
para subir al cielo sin escalas;
y deste rico amor y larga historia
¿me das por pago ingratitud notoria?

Vuelve a la libertad, vuelve a los bríos,
que es lástima perderse tal belleza;
vuelve, señora, a los amores míos,
que en el pecho real mora firmeza;
y, para mitigar tantos desvíos,
con ésta va grandísima riqueza,
regalos, galas, libertad, placerea,
prendas que estiman mucho las mujeres.

Apenas acabó Maldad maligna
de dar a la princesa esta embajada,
cuando llegó la Inspiración divina
y, en el virgíneo pecho aposentada,
le dijo: —Venturosa Caterina
cuya pureza al Rey del cielo agrada,
oiga tu corazón alegre, ufano
este papel escrito de su mano:

—Castísima doncella, desde el punto
que vi bañarte en mi sagrada fuente
(aunque desde ab inicio tu trasunto
con mayor perfección está en mi mente)
quedé por santo amor a ti tan junto,
que ya conmigo el tuyo es permanente:
verás ceñir en el empíreo coro
corona eterna tus cabellos de oro.

Si pretendes gozarme, no pretendas
cosa que impida los preceptos míos:
mi cruz, mi carne y sangre son las prendas
que dan al alma celestiales bríos.
Aprovéchate dellas, y no entiendas
que alcanzan premios corazones fríos:
tres lauras te compongo desde ahora,
de virgen, mártir y predicadora.

Jamás esposa del esposo absente
mensaje tuvo regalado y tierno
que se igualase a lo que el alma siente
de Caterina, en este amor moderno;
y la tercera, en todo diligente,
por más la enamorar del Rey eterno,
sintiendo el gran regalo que sentía,
alegre estos extremos le decía:

—Si buscas hermosura y gentileza,
de los hombres él es el más hermoso;
si quieres valentía y fortaleza,
dél tiene miedo el Tártaro espantoso;
si gustas de linaje y de nobleza,
el suyo es tan ilustre y generoso,
que al sumo eterno Dios tiene por padre
y a la Virgen santísima por madre.

Si buscas gracia, él es la fuente della;
si discreción, él mismo la reparte;
si regalo y riqueza, en él se sella:
si gloria, es suyo el cielo y él le parte;
si pretendes corona rica y bella,
de gloria quiere y puede coronarte;
si amor, de puro amor perdió la vida;
si banquetes, él mismo es la comida.

Si quieres galas, él las da en el cielo;
si músicas, allá tienen su punto;
si reposo, quietud, paz y consuelo,
quien le sirve lo alcanza todo junto.
No puede acá el mortal caduco velo
comprender tan alto contrapunto,
que ni le vieron ojos, ni oyó oído,
ni corazón humano lo ha entendido.

Con esto puso fin a su mensaje
la Inspiración divina; y al momento,
lleno de envidia y celo, el otro paje
se fue huyendo al tártaro aposento,
donde Luzbel, con infernal visaje,
le recibió jurando turbulento
que tantos disfavores, tantas penas
se las ha de pagar con las setenas.

La ilustre Caterina, que inclinado
al casto embajador tuvo el oído,
y al mensajero falso tan cerrado
cuando su falsedad lo ha merecido,
con real corazón determinado
cerró la puerta al mundo fementido:
no como algunas, que hoy se determinan
y a la ocasión primera desatinan.

Hoy las veréis tratar de penitencia
y mañana de bailes y paseos;
ayer, de castidad y resistencia,
hoy de señas, ventanas y floreos.
Demasiada es ya vuestra licencia,
pluma; coged la rienda y recogeos,
que ya cansáis con libertad extraña,
y el mucho reprender a veces daña.

LAS SIETE ISLAS

Con ademán gallardo y rico adorno
de nácar, de coral, de perlas y ámbar,
salieron al sarao siete nereidas,
hijas del mar de la Misericordia.
Salieron imitando a las Canarias
en las divisas, galas y blasones;
y no sólo por ser éstas y aquéllas
en número y piedad tan semejantes,
sino porque en Canaria, la gran reina
de todas las demás de aqueste nombre,
fue de San Nicolás hallado un templo
cuando la conquistaron españoles,
que ser de mallorquines fabricado
dice la fama, muchos siglos antes.

Salieron, pues, las siete deste modo:
Una llevaba todo recamado
de espadas y de palmas el vestido,
con diadema real de lauro y oro.
Otra, el excelso Teida por divisa,
coronada de pámpanos frondosos
y esparciendo el metal que más se estima.
Otra, con una palma por trofeo,
porque la lleva en discreción y gala,
en trato cortesano y bizzarría,
a cinco de las bellas Fortunadas.

Canaria

Tenerife

La Palma

Con bella laura de fragantes flores
salió la cuarta, y además bizarro,
haciendo muy bizarras cabriolas
con que suele rendir hombres armados.
La quinta, coronada de aquel árbol
que, distilando de sus hojas perlas,
se llena de cristal un gran estanque,
con que los moradores se sustentan.
La sexta se mostró gallarda y bella,
de cándidas espigas coronada,
convidando con ellas a las otras,
ufana de haber sido la primera
que a la cristiana enseña se redujo
y la que vio primero en su distrito
la mitra pastoral de aqueste reino.
La séptima y postrera entró danzando
con gran disposición y gentileza,
que a todas las demás excede en esto,
llevando por divisa una guirnalda
de la estimada orchilla de que abunda.

La Gomera

El Hierro

Lanzarote

Fuerteventura

SANTA LUCÍA

(IV, 226-227)

Una cosa diré, que otros autores
dan a otra santa deste mismo nombre
y engáñanse y engañan los lectores,
que sólo es desta santa este renombre:
y es que nació tan bella, que de amores
tuvo su gran belleza preso un hombre
principal de su pueblo, que es usado
andar el que está ocioso, enamorado.

Dio en lo que dan los míseros amantes,
que es en ser importunos y pesados
(y engáñanse los tristes ignorantes,
que a veces son por esto desamados);
dio en letras, tonadillas y discantes,
en dádivas, promesas y recados,
que ésta es la munición y artillería
con que planta este amor su batería.

Y por calificar su pensamiento
dio en máscaras y justas y torneos,
en suspiros, en ansias y tormentos,
en varias esperanzas y deseos
y en otros imposibles argumentos
de su mucha locura y devaneos,
que éstas son las señales de amor ciego,
cual vacilante humo lo es del fuego.

Como la inexpugnable fortaleza
de alcaide valeroso defendida,
o cual peña de insólita dureza
del mar y de los vientos combatida,
así Lucía, y con mayor firmeza,
defendía su honor, su alma y vida:
que en las grandes tormentas y combates
se ven de la constancia los quilates.

En todos los mensajes que enviaba
el ciego amante, y lo que le decía
alguna vez que a su pesar le hablaba,
era que por sus ojos se moría
y que sin duda alguna muerto estaba
por las hermosas luces de Lucía,
diciendo que los ojos de una dama
dan muerte y vida a quien la sirve y ama.

Considerando aquesto la doncella
y el escándalo viendo de su vista
y entendiendo a la letra lo que della
nos dice de los cuatro un coronista,
sacó de entrambos ojos la luz bella
y ellos con ella, por sentencia en vista
de espíritu del cielo revelado
(que fuera, sin aquesto, gran pecado).

Puso en un plato los hermosos ojos
y con una criada, que de espanto
enmudeció, inviólos por despojos
a su galán, con un mensaje santo:
—Ahí va el principio y fin de tus enojos:
déjame ya, no me importunes tanto,
que cierto la inquietud es gran enfado
a quien sirviendo a Dios se ha retirado.

Mostró el turbado amante leda frente
en ver entrar la moza con el plato
y entre esperanza y miedo su alma siente
un no sé qué de gozo y de rebato;
mas como oyó el mensaje y vio el presente,
atónito y suspenso estuvo un rato,
sin poder responder el afligido,
que un súbito pensar quita el sentido.

Y, vuelto en sí: —¿Son éstos los hermosos
ojos (decía) claros y serenos;
y osan verlos los míos alevosos,
de luz vacíos y de sangre llenos?
¡Ay, tormentos de amor! ojos piadosos,
ya que así me miráis, miradme al menos,
que vista de ojos muertos, aunque esquivos,
más vale al alma que la de ojos vivos.

Este dolor y sentimiento extraño
pudo tanto en el alma del amante,
que no sólo salió de aquel engaño,
mas siguió la virtud de allí adelante
y con la nueva luz y desengaño
cristiano se volvió y lo fue constante,
que por caminos nuevos nunca oídos
se suelen reducir los escogidos.

No quiso el sumo Dios quede sin vista
la que por gusto suyo había cegado,
aunque ella andaba alegre en su conquista
con la del alma que le había quedado;
y así, le dio otros ojos en revista,
mejores de los que antes le había dado:
que quien los da a quien no los tuvo, es justo
darlos a quien los dio, por darle gusto.

Esto que he dicho, dicen escriptores
modernos de alto nombre en su escritura;
sin esto, de pintores y escultores
lo afirma la pintura y esculptura
y aprueba de escultores y pintores
la Iglesia, la esculptura y la pintura:
que la imagen es libro que nos cuenta
lo que la misma imagen representa.

Y si de los antiguos no se nota
esto en la vida desta virgen bella,
fue con gran advertencia muy devota
y no sin lumbré de divina estrella,
para que no entendiese algún idiota
que se pudo sacar sus ojos ella:
que fuera (como he dicho) grave ofensa,
si no es quando del cielo se dispensa.

De
VITA CHRISTI

CANTO TERCERO

LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Infinito, inefable, incomprensible,
Es el amor que Dios al mundo tiene,
Pues le da su Unigénito impasible,
Con velo humano que padezca y pene,
Y si al octavo día no es posible
Que su amor y franqueza se refrene,
Qué será, cuando en medio de la tierra
Tenga edad, ciña espada, entre en la guerra.

Su infante de ocho años es tan fuerte,
Y muestra en la batalla tanto brío,
Qué será cuando salga con la muerte,
Pecado y Lucifer en desafío;
Y si en edad tan tierna, sangre vierte;
Qué será en el asalto bravo impío,
Cuando por libertar a los esclavos,
Lleve cruz, sienta espinas, sufra clavos.

Y si una herida sola, y tan pequeña,
Es tan sensible al cuerpo delicado,
Qué será cuando en él hagan reseña
Los cinco mil, a la columna atado;
Y si en tan poca sangre nos enseña
A sufrir con el cuerpo lacerado,
Qué será cuando al Padre, en la partida,
Hable alto, baje el rostro, y dé la vida.

CANTO QUINTO

LA HUIDA A EGIPTO

¿Qué es esto niño Dios? ¿por una parte
Mandáis que a Egipto vamos, y os llevemos,
Y por otra lloráis, y de tal arte
Que si sentido sois, nos perderemos?
Remediadlo, pues, eres juez y parte;
Mas, ay, que vos gustáis destos extremos,
Por dar muestra de Dios en lo primero,
Y en lo segundo, de hombre verdadero.

Que salga de su patria sentenciado
A muerte el primer hombre, no me espanto;
Ni que vaya el segundo desterrado,
Por matar al tercero, y pene tanto;
Mas vos mi dulce amor, ¿que habéis pecado,
Que así os condenan a destierro y llanto?
Mas, ay, que sois fiador de ajeno yerro,
Y vos mismo gustáis deste destierro.

Se dan tantos regalos y contentos,
A las amas de príncipes del suelo,
Por causar los primeros alimentos,
El bien o el mal del niño pequeñuelo,
¿Por qué me dan a mí tantos tormentos,
Después que crío al príncipe del Cielo?
Mas él gusta que el gusto se me estreche,
Por mamar pesadumbres en la leche.

Amáis al hombre con tal alto brío,
Que aun antes de sentir por experiencia,
Queréis habilitaros, hijo mío,
Para pagar por ello penitencia;
Y así gustáis, Señor, en tal desvío,
Probar con tantas penas mi paciencia,
Y que ningún contento me aproveche,
Por mamar pesadumbres en la leche.

Bien sé que en los trabajos perficiona
La virtud su valor, y se amaestra,
Y que a José y a mí labráis corona
De las fatigas y paciencia nuestra;
Mas ambas, y la vida y la persona,
Diéramos ambos por librar la vuestra,
Y vos gustáis que aquesto se deseche,
Por mamar pesadumbres en la leche.

Bien sé que la maldita idolatría,
Es la mayor ofensa que se os hace,
Y vuestra gloria, por ninguna vía,
Que a otro se conceda, os satisface;
Por esto y por cumplir la profecía,
Que vais a Egipto a vuestro Padre place,
Do entrando yo con vos, mi niño, en brazos,
Los ídolos caerán hechos pedazos.

También mi Dios entiendo, que os da gusto,
El ir huyendo de violentas manos,
Pudiendo remediar este disgusto
Por fáciles caminos soberanos,
Para dar a entender al pueblo justo,
Que es lícito el huir de los tiranos
La furia y brava cólera encendida,
Para emplear después mejor la vida.

Y sois, en fin, tan misericordioso,
Y de la dulce paz tan firme amigo,
Que vais a darla manso y amoroso
Al pueblo más ingrato y enemigo;
favor tan soberano y generoso,
Que excede a las diez plagas el castigo,
y es vuestra condición, que aun en los palos,
A los castigos sigan los regalos.

OTROS POEMAS

SONETO

Versos heroicos, levantado vuelo,
rara invención, sucesos excelentes,
discreciones, avisos elocuentes,
firme constancia, lo mejor del suelo.

Pensamientos que frisan con el cielo,
conceptos altos, pechos diferentes,
enredos, amistad, almas ardientes,
competencias, amor, sospecha y celo.

Cortesano lenguaje, gala, historias
verdaderas de ilustres y firmezas
muertes por testimonios, y miseria.

Valentías que cuentan las Memorias,
corazones gallardos y proezas
canta Filardo en su Pastor de Iberia.

LA SELVA DE DORAMAS

(Fragmento de la "Comedia del recibimiento")

Éste es el bosque umbrífero
que de Doramas tiene el nombre célebre,
y aquéstos son los árboles
que frisan ya con los del monte Líbano
y las palmas altísimas
mucho más que de Egipto las pirámides,
que los sabores dátiles
producen a su tiempo y dulces tamaras.
Aquí de varias músicas
hinchán el aire los pintados pájaros.
La verde yedra estática
a los troncos se enreda con sus círculos
y más que el yelo frígida
salen las fuentes de peñascos áridos.
Aquí de Apolo délfico
no puede penetrar el rayo cálido
ni del profundo océano
pueden damnificar vapores húmedos.
Aquí con letras góticas
se escriben epigramas, nombres, títulos
en árboles tan fértiles
que parece que estuvo recreándose
en ellos el artífice
de las terrenas y celestes fábricas.

Aquí, pues, de la próspera
fortuna está gozando el fuerte bárbaro
que por sus propios méritos
alcanzó la corona y regia púrpura
y en la terrestre máquina
es celebrado en ejercicios bélicos:
Doramas es el ínclito
nombre del capitán fiero e indómito.

CARTA QUE ESCRIBIÓ AL LICENCIADO MATEO DE BARRIOS, ESCRITA EN ESDRÚJULOS

Dos damas, aunque viven en opósito,
llegaron, hermosísimas y unánimes,
señor Barrio, a la región atlántica:
la una que en Salmántica,
triunfando de otras damas pusilánimes,
dejó de sus trofeos gran depósito,
dignos de su propósito;
la otra, que en Cipro y su marítima
región reina es legítima
y aun usa, en cuanto abraza el mortal término,
de imperioso término:
con lauro aquélla de lauro político,
con lauro aquésta de Aricán estílico.

Partieron juntas luego al habitáculo,
del rey Doramas, no de blancos mármoles,
mas de columnas verdes y selváticas,
do con vueltas erráticas
la yedra ciñe los excelsos árboles,
del tronco a la eminencia del pináculo;
do está el sagrado oráculo
de Apolo, de sus hijos y discípulos,
do célebres manípulos
de poderosas yerbas odoríferas

al mundo salutíferas
Dioscórides hiciera, y otros físicos,
para lánguidos, éticos y tísicos.

—Yo vi, dijo Minerva, el acidalio
bosque, el Parnaso, el Pindo y el pulquérrimo
hispano Aranjuez; mas ni la aspérrima
región brava colérica,
la saña del flamenco celebérrimo,
el gran Fontainebleau del reino gálico,
el Tíbuli y el Itálico,
ni cuanto gira el luminar flamígero
en carricoche alígero,
ni cuanto baña el mar, ni cuanto el Ártico
descubre, ni el Antártico
tal selva vio jamás, ni tales dríades,
ni tan extraordinarias hamadriadas.

Con lascivo ademán, riso venéreo,
movió la blanda diosa el bel purpúreo
labio, que gusta del licor nectáreo,
y dijo: —Si el cesáreo,
¿qué digo yo el cesáreo? si el sulfúreo
poder sagrado etéreo
gustara de algún gusto temporáneo,
lugar más consentáneo,
¿qué digo más? ni aun tanto ha visto Cintia
de fábrica corintia,
y más para gozar el dulce premio
que amor promete en regalado gremio.

Mirando excelsas palmas, cuyos dátiles
exceden al almíbar y altos cúmulos
de tiles, lauros, barbuzanos y álamos,
y el árbol que los tálamos
alumbra, y el que adorna tristes túmulos
do no agostan jamás tiempos versátiles,
y oyendo los volátiles

canarios, a la madre, donde el húmido
cristal del centro túbido
sale, arribaron juntas y, parándose,
hallaron admirándose
las nueve Musas, con adorno insólito,
en trono de marfil, jaspe y crisólito.

A UN AMIGO, CONTRA LOS AMANTES

En tanto que los árabes
dilatan el estrépito
de su venida, con furor armígero,
y los libres alárabes
con ánimo decrepito
quieren probar el nuestro tan belígero,
vuelvo al caballo alígero
y la fuente Castálida
donde, por vuestros méritos
presentes y pretéritos
quedando atrás de toda gloria válida,
os coronó el planeta más lucífero.

Por términos políticos
que fuesen algo prácticos
querría tratar en esta breve plática
de aquellos paralíticos
tan pobres cuan lunáticos
que tiene el ciego amor en su probática;
y, pues en toda práctica
y en toda la teórica
vuestra prudencia es única,
si el hábito y la túnica
no desdeña (y la vuestra) mi retórica,
dad lumbre a mi propósito,
pues que de ella y de mí se os dio el depósito.

No es fábula ridícula
la vida de estos zánganos
enamorados, míseros, inválidos
que, ardiendo la canícula,
sienten ellos carámbanos
y cuando hiela el mundo están más cálidos.
Hoy rojos, ayer pálidos,
con vista afable y hórrida,
sus pies son el pentámetro
y en un mismo diámetro
debajo están del norte y de la tórrida,
y tienen ya por máxima
ser en virtud corchea, en vicio máxima.

Con un lascivo título,
con un necio preámbulo,
mostrándose filósofo y astrólogo
escribe su capítulo
y, cerrado en triángulo
haciendo a la tercera un largo prólogo,
aunque riña el teólogo
se lo entrega a la etíope
más negra que semínima,
y no vale una mínima
cuanto escribe de Apolo y de Calíope,
y vase ella riéndose
y queda el pobre sátiro muriéndose.

Entre unos verdes árboles
dicen que amor falsífico,
bajando de Terore a Santa Brígida,
fundó de blancos mármoles
revoltoso y pacífico
una fuente tan cálida y tan frígida,
que no hay alma tan rígida
que no quede, en gustándola,
con un amor ilícito
lleno de humor solícito:

y esta fuente que tantos van buscándola
es de *bibere et edere*
quia Venus friget sine Baccho et Cerere.

De aquí la vena esdrújula
sale del pecho hidrópico
sediento del favor del que es inmérito
y aquel mirar por brújula
(como piloto al trópico)
sin ver tan descubierto su demérito
y encarecer el mérito
de su fe no evangélica
con su Belisa o Dórida
que en la ribera flórida
la vio (cantando) con beldad angélica:
y tiene una carátula
que la haréis mejor con una espátula.

A la mentira crédulos,
a los peligros fáciles,
al trabajo y virtud flacos y débiles,
al desengaño incrédulos,
a la firmeza frágiles,
al fruto del honor secos y estériles,
al regocijo flébiles,
a su opinión temáticos,
al canto melancólicos,
a Dios no muy católicos,
coléricos al mal, al bien flemáticos
son aquestos misérrimos
amantes (o badajos) celebérrimos.

De las damas fantásticas
más que la caña móviles
presas de amor en esta red amplífica,
seglares y monásticas,
de baja suerte y nóbiles,
de muy oscura fama o muy clarífica,
¿qué lengua tan magnífica

dirá los hechos frívolos?
Vanidades gentílicas,
pues templos y basílicas
pretenden, como diosas, estos ídolos,
Lucrecias y Cleópatras
que hacen a los necios ser idólatras.

Del sumo Padre ingénito
que desde el trono altísimo
gobierna el mundo por su beneplácito
y del Verbo unigénito
procede amorosísimo
el verdadero Amor, que es el paráclito.
Venga el lamento heráclito
y la risa demócrita,
celebren en diálogo
el mísero catálogo
de gente que aún no quiere ser hipócrita,
pues sirven al malévolo
y dejan al divino Amor benévolo.
que, por vivir pacíficos,
destierran de su reino estos escándalos
y, si le muestran ánimo,
conocen que es cobarde y pusilánimo.

Con un furor diabólico
pretende este frenético
establecer sus leyes y premáticas
y al ánimo católico
le vuelve casi herético
y las estrellas fijas torna erráticas;
cúbrese con sus prácticas
cual con oro la píldora;
descúbrese la máscara
y (como es todo cáscara)
allí veréis que no hay serpiente o víbora
entre hierba odorífera
que derrame ponzoña más pestífera.

Alguna gente incrédula
en la fe de este artículo,
diciendo que el amor no es caso ilícito
recambian vuestra cédula
y tienen por ridículo
el Remedio que os hizo tan solícito:
dicen que amar es lícito
de amor secreto y tácito
y, pues a los inhábiles
los hace amor tan hábiles,
que siga cada cual su beneplácito;
que Amor nace del ánima
y la hace magnífica y magnánima.

Alegan al Bucólico
que hizo a su Amarílida
la selva resonar con dulce cálamo,
y al otro melancólico
que tanto quiere a Fílida
que se estaba llorando al pie de un álamo,
y al que en dorado tálamo
iba por el zodíaco,
y al que su fuerza válida
perdió sirviendo a Dálida
y al que fue causa del estrago ilíaco,
y con las fuerzas de Hércoles
juntan las que dio su nombre a miércoles.

Son de su mal satíricos
y de su bien estériles
y dan materia al cómico y al trágico;
son bárbaros ilíacos
inútiles y débiles
y al fin vienen a usar de estilo mágico.
Son de ánimo salvájico
y de lascivo término
los que a vuestros propósitos
quieren mostrarse opósitos

y llegan los negocios a tal término,
que ya cualquier pícaro
quiere volar y vuela como Ícaro.

Si en las aulas poéticas
y délficos oráculos
de esa ciudad confusa babilónica,
si en las orillas béticas
(do no faltan obstáculos)
dijeren que esta lira no es armónica
y si con frente irónica
llena del ramo adélfico
se le llegaren tábanos,
querría más dos rábanos:
que donde vos estéis, Apolo délfico,
por términos benévolos
defenderéis mi canto de malévolos.

CANTO HEROICO

A la victoria que ganó Canaria de la poderosa Armada que Francisco Drake, a 6 de octubre de 1595. Dedicado a el Licenciado Rojas de Carvajal, oidor de la Real Chancillería de Granada, por D. Bartolomé Cairasco de Figueroa.

(...) Cuando la aurora frígida
del albergue titánico
sale ilustrando el medio globo esférico,
llegó la armada rígida
con el poder británico,
cual baja con furor rayo colérico.
No se espanta el genérico
valor canario y ánimo
del objeto belígero,
mas antes Marte armígero
parece que infundió un ardor magnánimo
en toda aquella ínsula
desde el sagrado Tirma a la Península.

Las náyades y dríades,
como tiernas y frágiles,
por no poner en riesgo al casto tálamo,
napeas, hamadríades
y las nereidas ágiles
huyen temblando como hojas de álamo

entre la juncia y cálamo
y en cabañas selváticas
imitan al murciélago
haciendo un ancho piélago
del dulce humor que tímida y errática
de blancos pechos débiles
despiden por serenos ojos flébiles.

La nobleza magnífica
de uno y otro capítulo,
la Audiencia, el gran caudillo eclesiástico,
la Inquisición clarífica,
los de sagrado título
sin exceptuar fraileSCO ni monástico,
el estado escolástico,
oradores, teólogos,
filósofos, astrólogos,
con instrumentos bélicos arómicos
del Regente solícito
siguen, y de Alvarado, el orden lícito;
dejando los pináculos
y cavernas finítimas,
cual sátiros y faunos velocísimos,
con las lanzas por báculos
a las playas marítimas
Doramas, Adargomas valentísimos,
Bentagayres destrísimos,
Maninidras selváticos,
Autindanas insólitos
con otros sus acólitos
que dejando los bosques aromáticos,
en número milésimo
vienen a resistir al dragón pésimo.

Teniendo nuestras órdenes
por negocio ridículo,
los ánglicos, cual fieras en catábulo,
por evitar desórdenes

hicieron conventículo
o, por mejor decir, conciliábulo,
do el presidente cábulo
les dijo en breve plática
que a su poder aspérrimo
era poco el misérrimo
de Canaria, y su gente poco práctica;
que con sus azúcares
confitura y conserva serán Fúcares;
y que es rico el pontífice
y que cualquier canónigo
se precia de tener gastos auríferos
y el mercader y artífice
es un señor de mónigo;
y que de bacanalía y salutíferos
licores odoríferos
hay bodegas amplísimas
y ricos tabernáculos,
jardines y cenáculos,
mermeladas, y damas hermosísimas;
mas aquestos almíbares
se les volvieron todos en acíbares.

No fue tan de propósito
sobre la antigua Pérgamo
aquella poderosa armada argólica,
ni contra el bando opósito
Atila junto a Bérgamo
dio muestra de arrogancia tan diabólica
ni tal furia hiperbólica
en la isla de Mélito
mostraron los genízaros,
ni ejército de esguízaros
lanzó en asalto tan furioso anhelito,
como el Drake pestífero
cuando en la playa acometió mortífero.

Con trompas y dulzainas
y clarines dulcisonos,
banderas, cajas y soldado innúmero,
con estoques sin vainas,
dando truenos horrisonos,
llegan naves y lanchas en gran número.
Cairasco en los del número
ganó subidos méritos,
pues como alcaide itálico
contra el anglio y el gálico
hizo el deber mejor que los pretéritos,
a pesar de los émulos
que allí mostraron corazones trémulos.

Viendo el poder tiránico
de las lanchas unánimes,
las muchas balas que iban esparciéndose,
un capitán barbárico
dijo a los pusilánimes
se retiren del campo, recogándose.
El Regente oponiéndose
le respondió increpándole
que el batallar legítimo
era al margen marítimo,
que nadie se retire: así mandándole,
comienza el belo púnico
que fue, después de Dios, remedio único.

La soldadesca urbana
al mar iba llegándose
por su fe, por su honra, patria y legítima,
do en clara voz orgánica
andaban confortándose
unos a otros con cristiana epítima.
En la arena marítima
el conde serpentífero,
honor de la República,
y Lazcano, en voz pública,

usaron del remedio salutífero
de versos (no poéticos)
mas de bronce, para matar a los heréticos.

La pólvora flamígera
de ambos castillos bélicos
con tal furor impelen globos cálidos,
que la nación armígera,
los soldados satíricos
volvieron de temor los rostros pálidos.
Huyeron luego inválidos
de las fuerzas magnánimas
de los canarios milites,
de cuyos propios límites
bajaron blasfemando muchas ánimas
a las aguas sulfúreas,
dejando en las del mar manchas purpúreas.

Los argonautas tímidos
de victorias pretéritas,
domada la cerviz, van retirándose
y por los reinos húmidos
y bonanzas inméritas
llegan a Arguineguín do, reparándose
y en tierra solazándose,
los acometen rígidos
diez semicapros horribos,
intrépidos y tórridos,
que algunos prenden y otros dejan rígidos
y, abandonando el ártico,
fuese asombrado Drake al polo antártico.

Cual con asalto súbito
en el silencio tácito
acomete al ovil lobo famélico
y, juzgándole súbito
según su beneplácito,

sale el pastor que imita al evangélico
y con el favor célico
le oprime y trae a término
que, viendo el lance incómodo,
huye por ser más cómodo,
espantado y herido de aquel término,
así, corrido y dómito,
huye de Gran Canaria el Drake indómito.

Al Sumo Padre indómito
y al engendrado altísimo
y al de los dos dulcísimo espiráculo,
a la que al Unigénito
por modo sacratísimo
en su virgíneo gremio dio habitáculo,
a Santa Ana, el oráculo
de Canaria vivífico,
a todos los arcángeles
y a los sagrados ángeles
y a los santos que ven el sol beatífico
se dé el gracioso rédito
de una victoria de tan alto crédito.

GRAN CANARIA

*(Canto XV de la Jerusalén Libertada
de Torcuato Tasso)*

Habiendo la inmortalidad naturaleza,
de lo visible madre generosa,
criado de este mundo la belleza
y puesto su excelencia en cada cosa
para mostrar cifrada su grandeza,
su altiva pompa y mano poderosa,
dándole el mismo Dios poder y aliño,
epilogó su historia en un brinquiño.

Del cielo puso a parte lo más puro;
del aire entresacó lo más templado;
de la tierra y del mar, lo más seguro;
de la fertilidad, lo más granado;
del tiempo, lo más blando y menos duro;
de las estrellas, lo mejor parado;
de las fuentes y arroyos, los mejores;
lo propio de las selvas, frutas, flores.

De todas estas cosas y otras ciento,
en su lugar poniendo a cada una,
fundó en medio del mar un chico asiento,
grande en valor, en nombre y en fortuna.
Fundólo por palacio y aposento,
corintio capitel, basa y columna
donde suspende altiva sus trofeos
y goza regalada sus deseos.

En su contorno puso seis estancias,
porque la soledad no la enojase,
que, con sus ricos dones y abundancias,
cualquiera la sirviese y regalase;
y porque el contrapunto y resonancias
en la tierra y el cielo resonase,
quiso que fuese el número de siete,
que virtudes y dones nos promete.

Ésta es la Fortunada y Gran Canaria,
de las islas atlánticas princesa,
do esparce el cielo su virtud plenaria
y pone a los sentidos rica mesa
con diligencia tan extraordinaria,
que hizo a todo el orbe ilustre presa
de lo mejor que en él se guarda y sella,
para tenerlo con ventaja en ella.

Aquí los frescos aires, las mareas,
el toldo de las nubes relevadas,
de los floridos campos las libreas,
los verdes bosques, aguas plateadas,
el temple, sanidad, ricas preseas,
los cantos de las aves variadas
en sagrado silencio, en paz entera
conservan una eterna primavera.

Aquí florece la admirable selva
que el nombre ha de heredar del gran Doramas,
que no entrará discreto, que no vuelva
con rico asombro de su sombra y ramas.
El que mejor escribe se resuelva,
que es digna de sus versos y epigramas,
y aun al sagrado Apolo le parece
que no han de darle el punto que merece.

Perdone el Helicón, Pindo y Parnaso,
los celebrados bosques de Acidalia,
las fuentes donde Febo llena el vaso
y las frondosas selvas de Rosalia;
perdone el oriente y el ocaso
y, cuando salga, el Tívoli en Italia,
Cintra en España, el Aranjuez y el Pardo,
que, opuesto al parangón, su verde es pardo.

Aquí sustenta Apolo sus laureles;
su enamorada yedra, Cipriana;
Mercurio, antiguas hierbas y noveles
de gran virtud para la vida humana;
los altos tiles, verdes capiteles
con mil diversos árboles, Diana;
y tú, sagrada palma, tanto subes
que tienes competencia con las nubes.(...)

Si aquí se corta un árbol, es notorio
multiplicar el tronco muchedumbre,
que arriba en pocos años el cimborio
de todos los demás, con igual cumbre.
No puede el coliseo y consistorio
del apolíneo rayo entrar la lumbre,
aunque parece ingratitude formada,
a quien el ser le dio negar la entrada.

Por la robusta y áspera corteza
la yedra el retorcido paso mueve,
que no pueden mostrar tal extrañeza
columnas entalladas de relieve.
Admirada quedó naturaleza
cuando crió esta selva, y no se atreve
a dar igual, y no porque no pueda,
mas porque a todas gusta que ésta exceda.

Después que del mayor de los planetas
gran número de círculos solares
por huir libertades de poetas
y la importunidad de sus cantares,
amando soledad como discretas,
por ser éste el mejor de los lugares,
en él las Musas mudarán su corte
y entonces darán lustre al sur y al norte.

Por más de siete mil famosas fuentes
despide Gran Canaria cristal puro,
sin otras infinitas que a las gentes
su fama y nombre ha sido y es oscuro.
Pagan tributo al mar grandes corrientes,
sin muchas con que el fruto está seguro
que, en una isla que aun no tiene en torno
cien millas, es feliz y raro adorno.

El cielo aquí con liberal franqueza
entendimientos dóciles reparte
y tal esfuerzo, fuerza y ligereza
cual no se vio jamás en otra parte;
y, lo que más admira, una extrañeza
de lengua vida, que parece en parte
que no conoce aquí la humana suerte
el general imperio de la muerte.

Los antiguos filósofos, que fueron
los que lo más oculto investigaron,
como estas calidades y otras vieron,
en tanto aquestas islas estimaron,
que por Campos Elíseos las tuvieron
y Bienafortunadas las llamaron,
diciendo que no hay parte acá en el suelo
que así se afronte y frise con el cielo.(...)

Sucedará en sus islas otro dueño
del apellido del patrón de España,
caballero andaluz que al reino isleño
vendrá a experimentar su fuerza y maña
con militar furor, noble desdén;
su consorte con él saldrá en campaña,
que no igualó con doña Inés Peraza
Pantasilea en la troyana plaza.

De aqueste digno tronco saldrán ramas
de quien perpetuamente habrá memoria,
caballeros ilustres, bellas damas,
de aquellos siglos fortunados gloria;
de nobles iras, generosas llamas
harán dos mayorazgos larga historia:
en Lanzarote el ínclito Herrera,
el ilustre Peraza en La Gomera.

Unos condes serán, otros marqueses,
el valor aumentado y el estado;
y entre discretos, sabios y cortes
tendrá el marqués primero excelso grado;
asombro de britanos y de ingleses,
de su rey favorito y estimado,
y en Mauritania con espada y lanza
del noble padre hará justa venganza.

Digna del verso y del furor farsálico,
habrá de ventureros gente armígera:
Vizcaya, en el confín del reino gálico,
de Mújicas dará fuerza belígera
y tú, Niza gentil, extremo itálico,
para más dilatar tu fama alígera,
darás los fuertes valerosos ánimos
de los Cairascos nobles y magnánimos.

Deste apellido en Gran Canaria aguardo
un joven bello, de prudente brío,
en armas y virtudes tan gallardo
que el extremo será del reino mío:
vendrá llamado del país nizardo
al alta herencia del ilustre tío
y juntará, por orden de su estrella,
su oliva noble a la higuera bella.

Procederá deste consorcio digno
alta progenie, que el valor fecundo
del nombre imperial de Constantino
y del magno Alejandro vuelve al mundo;
mas el constante ingenio peregrino,
la gallardía y el celo sin segundo
acabará sin tiempo (¡ay dura suerte!),
que arranca las mejores plantas muerte.

Sopranis y Salvagos en las proas
de Génova vendrán a estas orillas,
y de España Venegas, Figueroas,
Espinós, Motas, Serpas y Padillas,
Peñalosas, Mejías de altas loas,
Salazares, Castillos y Castillas,
con otros muchos de valor sublime,
dignos que la alta fama los estime.

Una alta torre en sitio acomodado
al occidente de Canaria veo,
obra del generoso Adelantado
que a los ilustres Lugo da trofeo:
no lejos della, junto al mar fundado
se verá el soberano mausoleo
de aquellos caballeros militares
que el nombre han de ilustrar de Palomares.

Claro en doctrina y peregrino ejemplo
de menosprecio y vida gloriosa,
un benedicto mónaco contemplo
debajo de una ilustre Peña losa:
éste en el sacro púlpito del templo
facundia mostrará maravillosa
y de Basilio Magno la excelencia
imitará en la vida, el nombre y ciencia.

Los nuevos argonautas toman puerto
y alegres pisan la felice arena;
por las orillas marchan en concierto,
haciendo estancia de una selva amena,
toda de verdes palmas que cubierto
tendrán el aire, y por dichosa estrena
será juzgado de ellos y alta gloria
el árbol consagrado a la victoria.

Y, viendo el sitio cómodo y sombrío
no lejos de do tienen los bajeles
y que un arroyo grande o chico río
corriendo va entre palmas y laureles,
de lienzo basto el diligente brío
alzando puntiagudos capiteles,
con ancho rueda sobre estanteroles
formarán su real los españoles.

La noble y gran ciudad aquí fundada
será después por el común decreto
el Real de Las Palmas titulada,
que nace de altas causas alto efecto.
La bárbara caterva que alterada
verá del alto monte el bravo objeto,
dirá entre sí: —Poder extraordinario
es éste con que viene el adversario.

De la alta cumbre de uno y otro cerro
al aire tremolar verá banderas
y rutilar al sol dorado hierro
y dar a los jinetes mil carreras:
esto les causará nuevo destierro
a algunos del vigor, y tan de veras
que les pondrá el temor en la cabeza
ser el hombre y caballo de una pieza.

Irá anhelando la medrosa turba
y el aviso dará a los Guanartemes,
cuyo invencible pecho no se turba,
mas dice: —Vil canalla, ¿de qué temes?
El ánimo real no se perturba,
por más que el grave caso nos extremes.
Mas, aunque digan eso, allá en su pecho
pesan la gravedad del arduo hecho.

Y, por alimentar la madre España
la guerra cada vez más brava y fiera,
gente enviará, que en montes y campañas
los canarios humille a su bandera.
Irá a dar fin a la conquista extraña
el bravo general Pedro de Vera,
valiente caballero jerezano
de maduro consejo y fuerte mano.

El gran obispo irá don Juan de Frías
que, cual otro Guillermo y Ademaro
yendo por Capitán, con valentías
hará su mitra y nombre al mundo claro:
traerá en su enseña al que en las aguas pías
bautizó del Jordán al *Verbum caro*,
la cual se guardará por vivo ejemplo
en el tesoro de un famoso templo.

Éste, con gran misterio consagrado
a la abuela será del rey del cielo,
servido en todo tiempo y gobernado
con majestad, prudencia y santo celo;
el ilustre colegio, el gran prelado
darán valor al fortunado suelo,
haciendo el claro templo al cielo grato
con música, edificio, poema, ornato.

Y cuando muestre el año entre sus días
el de San Pedro Mártir glorioso
que contra las malditas herejías
será en Italia inquisidor famoso,
la ilustre enseña del obispo Frías
en triunfo saldrá maravilloso,
por haberse ganado en brava guerra
su santo día la canaria tierra.

Darále luego el valeroso hispano
sagrada Inquisición, Real Audiencia
con plena potestad y fuerte mano
que administre justicia con clemencia
y, porque suele abrir la puerta Jano,
de un grave general habrá asistencia
y en paz un consistorio generoso
que guarde la república en reposo.

Será venturosísima Canaria
en prelados heroicos de alta estima;
y uno, que por virtud extraordinaria
el cielo desde ahora le sublima,
tendrá en la hispana villa literaria
la cátedra teológica de prima
y el nombre del que oró en el monte Alverno
y el que dio media capa al Rey eterno.

También contra enemigos venturosa
será Canaria militar princesa,
por ser su gente fuerte y animosa
y presta a acudir al alta empresa:
el año de noventaiséis famosa
victoria alcanzará de gente inglesa,
ahuyentando su potente armada
con mucha gente muerta y maltratada.

Pero también el año de noventa
y nueve (que a quien Dios ama, castiga)
la saquearán diez mil, que en casi ochenta
naves saldrán de Holanda, su enemiga;
mas harálos huir con grande afrenta,
matando mil soldados de la liga
y algunos personajes de memoria,
y así será vencida la victoria.

OCTAVAS DE CAIRASCO

(A UNA DAMA QUE NO LA PODÍA HABER)

Ingrata, desleal, falsa, perjura,
inconstante, cruel y fementida,
¿es éste el premio de mi fe tan pura,
es ésta la esperanza prometida?
¿Tan mal se emplea en ti la hermosura?
Como el amor, por ser desconocido,
no me espantó de ti, de mí me espanto,
que a tan frágil pastora quise tanto.

Mas yo haré en mí propio tal castigo,
que pueda ser ejemplo en toda parte:
cruel me sea el cielo y enemigo
si volviere los ojos a mirarte.
A ti misma presento por testigo
si me sobra razón para dejarte,
pues dejas un secreto y firme amante
por otro falso, público, ignorante.

Al son de mi rabel, con que solía
celebrar tu beldad y gentileza,
celebraré de hoy más la tiranía
que das por galardón a mi firmeza:
diré la ingratitud y alevosía,
la falsedad, mudanza y ligereza
de aquese corazón empedernido,
que sólo para mí tan falso ha sido.

Ya no te acuerdas, di, cruel tirana,
de aquel dulce mirar en que decías
que no habría en el mundo lengua humana
que explicase el amor que me tenías.
Llevóse el viento la esperanza vana
que con falso mirar me prometías:
a mí me diste un corazón fingido
y el verdadero a otro lo has rendido.

Las tiernas flores deste fértil prado
vuélvanse espinas cuando yo pasare;
las fuentes do veniere mi ganado
amargas siempre el cielo las depare,
si no me pesa por haberte amado;
y plega a Dios, pastora, si te amare,
que nunca tenga una hora de contento,
pues pagaste tan mal mi pensamiento.

¡Adiós, Marcela, adiós! que ya mis ojos
no irán a verte desde el alta cumbre;
ya no te cansaré con mis enojos,
ni te darán mis cartas pesadumbre.
Ruégote por mis últimos despojos,
por el tiempo que estuve en servidumbre,
que no digas, cruel desconocida,
a nadie que de mí fuiste querida.

LETRILLA

EN LA PROFESIÓN DE BEATRIZ DE SAN ANTONIO (1597)

Pues con Rey os desposáis,
Beatriz, y pues él es Dios,
reina seréis también vos
y sirviéndole reináis.

La que casa con el rey,
aunque sea una pastora,
se hace libre y señora,
que así lo ordena la ley:
vos con Rey os desposáis,
Beatriz, y, pues él es Dios,
reina seréis también vos
y sirviéndole reináis.

LETRILLA

EN LA PROFESIÓN DE INÉS DE LA ENCARNACIÓN PADILLA

Bien se ve, discreta Inés,
vuestro aviso milagroso
en escoger por esposo
al segundo de los tres.

Contradijo el mundo ciego
y atravesó la malilla;
pero vos con la espadilla
triunfáis y ganáis el juego;
ES PADILLA en todo Inés
y su aviso es milagroso
en escoger por esposo
al segundo de los tres.

Bartolomé Cairasco de Figueroa (Las Palmas, 1538-1610), pasa por ser el más fértil lírico canario de todos los tiempos. Después de estudios eclesiásticos y humanísticos en Coímbra, es nombrado canónigo de la Catedral de Las Palmas, donde más tarde será beneficiado y secretario del Cabildo catedralicio.

En sus viajes por España e Italia adquiere una extensa formación literaria que empuja su temprana vocación por la poesía, con temario religioso, paisajístico y patriótico. Vive las invasiones corsarias de Drake (1551) y Van der Doez (1599) en Gran Canaria, donde transcurre gran parte de su vida.

Su amplísima obra incluye *El Templo Militante* (Valladolid, 1602), piezas de teatro religioso y profano, traducciones de poesía épica italiana y la *Esdrújúlea*, colección de poemas que se mantiene inédita. Crea en la huerta de su casa una tertulia literaria en la que fueron habituales los más destacados escritores insulares de finales del siglo XVI.

Ángel Sánchez (Galdar, Gran Canaria, 1943) es escritor y profesor de idiomas. Ha publicado desde 1969, diez libros de poesía, así como cuentos, artículos y ensayos sobre temas insulares. Resultado de una sólida formación europea, se ha orientado de una forma interdisciplinar hacia la crítica literaria, estética y la traducción, publicando fundamental-

mente en prensa y revistas del Archipiélago. Incursiona en la poesía visual, el cine *amateur* y la obra gráfica. Prepara próximos títulos sobre mitología simbólica y etnolingüística del espacio hablado canario.

Dos precedentes avalan su especialización en la prosa de Víctor Ramírez: "Cómo cuenta Víctor Ramírez" (en *Ensayo sobre Cultura Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, 1983) y el Prólogo a V. Ramírez: *Diosnoslibre* (Santa Cruz de Tenerife, 1984).



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragments de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 31 de julio de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Para leer a Cairasco sin prejuicios de antigüedad y de formato poético cumple, en primer término, derrumbar esa imagen adventicia que de él circula: la de un personaje considerado monumentalmente y difícilmente paginable (...). Debe imaginársele caminando a diario los pocos metros que separaban su casa de San Francisco hasta la Catedral, considerado como toda una autoridad cultural entre los pocos cientos de pobladores del Real de Las Palmas; con un misal a la vista y una resma de versos y partituras bajo la capa, para entretener sus horas perdidas.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem